



AÑO VI.

Madrid, 16 de Abril de 1881.

NÚM. 10.

DIRECTOR:

EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calle del Sordo, núm. 29, tercero,

á donde se dirijan los pedidos de suscripciones.

SUMARIO.

Boletín oficial de la Sociedad de Fomento de la cría caballar de España. — Las vides del Soudan, por D. Estanislao Malinre. — Correspondencia, por D. Alfredo Weil. — Bebé, novela. — Sevilla inundada, por ... — Las carreras, por E. M. — Protección para los pájaros. — Congreso de agricultores y ganaderos. — Exposición de animales y plantas; convocatoria. — Revista de Modas, por la Baronesa de Villmont. — Carreras de caballos en Jeréz de la Frontera. — Noticias generales. — Noticias de la Sociedad, por L. — Tiro de pichon de Madrid, por Avelino. — Mercado de Madrid. — Cuadrado de palabras. — Anuncios.

BOLETIN OFICIAL

DE LA

SOCIEDAD DE FOMENTO DE LA CRÍA CABALLAR DE ESPAÑA.

Las Carreras de Caballos del Hipódromo de Sevilla, anunciadas para el 21 y 22 de Abril, se han trasladado á los días 21 y 22 de Mayo próximo, por el mal estado de la pista.

LAS VIDES DEL SOUDAN.

En el mes de Setiembre último el Ministro de Instrucción pública de la vecina República recibió de un naturalista frances, monsieur Lecart, una carta que produjo una gran sensación entre los viticultores. Ese viajero pretendia, en efecto, haber descubierto, en las inmensas y peligrosas soledades del valle del Níger, una nueva clase de vides, de tallos herbáceos, de raíces vivaces, que daban en abundancia frutos deliciosos y podian cultivarse en toda Europa, segun su opinion, como se cultiva la dalia en Francia, esto es, plantando á la primavera y arrancando cada año los tubérculos ó raíces para sustraerlos al frio.

Al mismo tiempo M. Lecart anunciaba que tenia muchos ejemplares de aquellas vides desecadas en su herbolario, y una buena cantidad de

semillas, que se proponia distribuir á todos los establecimientos científicos de Francia y del extranjero.

Algunos meses despues desembarcaba el intrépido viajero en Burdeos, y confirmaba en una conferencia pública, á instancia de la Sociedad de Geografía de dicha ciudad, cuanto habia anunciado al Ministro sobre tan precioso é importante descubrimiento.

M. Lecart, botánico bien conocido, habia recibido del gobierno frances la mision de estudiar las riquezas vegetales de la cuenca del Niger. Salió de Medina el 1.º de Mayo con su ayudante M. Durand con el propósito de dirigirse á Segu. Habiendo sabido en el camino que los Bambaras se habian alzado en armas contra el sultan Ahmadont, y que por esta causa la expedición del italiano Gallani habia fracasado, los dos viajeros se acercaron á los destacamentos franceses y se establecieron en Kaudian, cerca del rey Diango, que les recibió muy bien, les dió cuanto necesitaban, pero les prohibia escribir, porque decian sus morenos súbditos que los franceses describian el país para tomarle despues.

Llegada la época de las lluvias, la campiña se cubrió de una vigorosa vegetación; millares de plantas desconocidas de nuestros viajeros surgian del seno de la tierra, y entre todas ellas, una llamó poderosamente la atención de M. Lecart. Siguió éste su desarrollo con interes, y al verla florecer reconoció que era una vid; á las flores sucedieron azucaradas y deliciosas uvas. ¡Qué hallazgo!

Era preciso avisar al Ministro, y parece que el buen rey Diango se prestó á vigilar los alrededores de la choza en que vivia M. Lecart mientras este redactaba la Memoria. Su jóven y enérgico colaborador, M. Durand, se encargó de transmitir el documento á manos seguras, y salió bien de su peligrosa empresa.

Todo esto es cierto, ciertísimo. M. Lecart presentaba muestras desecadas de la planta en todas las fases de su desarrollo. Pero, por desgracia, no lo son tanto las deducciones y afirmaciones del

célebre botánico: « Esta vid, exclamaba en un arranque de entusiasmo, se aclimatará hasta en Siberia, porque despues de la vegetación, no deja sino un tubérculo sepultado en el fondo de la tierra, y tres meses de calor le bastan para madurar sus uvas en todas partes. »

M. Lecart habia traído plantas y semillas de este precioso vegetal; pero los burros que llevaban las primeras se ahogaron al pasar un arroyo, y el viajero llegó á Europa con sólo las semillas, que, en su opinion, habian de germinar pronto y dar sus frutos ántes de dos años.

M. Lecart habia vuelto enfermo, por haber permanecido seis meses en un país caloroso y malsano y murió poco tiempo despues de hallarse en el seno de su familia, á la prematura edad de cuarenta y seis años. Su muerte es tanto más de sentir cuanto que el ilustrado naturalista habia recorrido sucesivamente el Senegal, la nueva Caledonia, la Conchinchina, las islas Filipinas y muchas otras regiones, donde habia acreditado su competencia en tan interesantes averiguaciones, y habia observado en la Nigricia un sinnúmero de plantas de utilidad ó recreo, sobre las cuales habia prometido curiosos datos para facilitar su introducción.

En la conferencia de Burdeos, M. Lecart se habia vindicado, no sabemos por qué, del cargo que se le hacia de querer hacer de su descubrimiento un negocio de lucro personal; y decimos que ignoramos la razon de esa protestación, porque, en nuestra humilde opinion, un botánico que, con exposicion de su salud y vida, descubre una planta útil á la humanidad, tiene, cuando ménos, tanto derecho á percibir el premio de su trabajo, como el industrial ó el sabio que en su fábrica ó gabinete encuentra un nuevo procedimiento de producción ó un producto nuevo. ¿Qué razon hay de conceder á éstos un privilegio de invención y de querer que el naturalista renuncie generosamente á toda recompensa en favor de la generalidad, bastante rica para pagar todos los servicios que se la presta?

Sea de ello lo que se quiera, se habia dicho, despues de la muerte de M. Lecart, que por cuestiones que habian surgido entre el gobierno fran-

ces y los herederos del naturalista, las semillas de la nueva vid iban á perderse mientras se averiguaba quién ó quiénes eran su dueño; pero no debió ser así, toda vez que M. Durand, el colaborador y compañero de M. Lecart, y la familia de éste último han puesto en venta en casa de M. Jaubert las semillas, *al precio no modesto de cinco francos una.*

Por consiguiente, todos pueden hoy proporcionarse la semilla de las vides de tallos herbáceos y raíces vivaces, pero con el anuncio de su venta, ha vuelto á renacer la polémica acerca de si su cultivo es posible ó no es posible, económicamente hablando, en Europa.

Para resolver el problema sería preciso conocer exactamente la climatología del país de dónde proceden, y no tenemos respecto á ese particular sino datos imperfectos, si bien sabemos que el Soudan es comparable á las regiones más cálidas de la India, y ofrece dos estaciones bien distintas, la una muy seca, y la otra muy húmeda, con un calor insostenible; torrentes de agua corren con regularidad durante varios meses. Estas circunstancias, dicen los más, no las tenemos en Europa; y por lo tanto, no podremos nunca cultivar al aire libre las plantas de aquella region. Nuestros rigurosos inviernos, período de reposo para la vegetación en nuestro continente, no pueden en ningún caso asimilarse á las sequías de los países cálidos de la India ó del África, porque el frío no impide, y al contrario, ocasiona la humedad, y las raíces seguramente perecerían en seguida.

Pero otros observan que cultivamos con éxito al aire libre plantas tuberculosas de países más cálidos que el nuestro, como la patata del Perú, en gran escala hasta en las comarcas más septentrionales de Europa, y la dalia de Méjico en nuestros jardines, ambas sin ninguna dificultad seria. ¿Por qué, replican, no podríamos sustraer las raíces de esas vides al frío intenso de nuestros inviernos, arrancándolas en el otoño y plantándolas á la primavera, como lo hacemos con la dalia y de la patata?

Y la verdad es que habrá pocos vegetales tan sensibles á las heladas y hasta á las escarchas como los dos vegetales citados; sin embargo, la patata es uno de los principales alimentos del hombre y de los animales domésticos en Irlanda, en Escocia, en Dinamarca, en Suecia y en otros muchos puntos donde el termómetro baja á 30 y 40 grados centígrados en invierno y no sube mucho arriba de 25 en el verano, favoreciendo la vegetación la mayor duración de la luz solar en aquellas regiones septentrionales donde la noche es tan corta en Mayo, Junio y Julio.

Si la vegetación es muy activa en los países cálidos cuando llegan las lluvias periódicas, no lo es mucho ménos en Rusia cuando desaparece la nieve y empiezan á brotar los cereales; en ocho días se desconocen los campos.

Puede suceder muy bien que las vides del Soudan no lleguen nunca á sustituir las vides asiáticas en gran escala, como lo esperaba M. Lecart, que las consideraba como un remedio contra la filoxera; pero negarles *à priori* toda utilidad, sin conocerlas siquiera, es otra negación que no corresponde á este siglo. En materia de cultivo vemos todos los días progresos é innovaciones que nos prueban que la experiencia, y sola la experiencia, puede resolver la duda. Es de advertir, por lo demás, que todas las personas que se han ocupado de las vides descubiertas por M. Lecart las consideraban refiriéndose al clima de París, cuanto más al del Mediodía de Francia. No habría nada de extraordinario que, en efecto, el cultivo de esas vides ofrezca alguna dificultad del otro lado del Pirineo y sea fácil, sencillo y económico en nuestras provincias meridionales, donde se dan la caña de

azúcar, las batatas, y hasta el plátano, en exposiciones abrigadas. El cacahuete (*Arachis hypogea*), que es oriundo del Senegal, ¿no encuentra en Valencia y en todas las provincias del litoral del Mediterráneo la suma de calor necesario para madurar sus frutos?

Nosotros creemos que lo más prudente, en vez de entregarse á las especulaciones de la imaginación y de disertar sobre hechos desconocidos, sería hacer el ensayo, y hacerlo, en varios puntos de la Península. Tal vez convendría que el Gobierno compre una cantidad mayor ó menor de semillas y las reparta á los establecimientos científicos de la nación, y á particulares que se hallen en condiciones de dar á las nuevas plantas introducidas los cuidados que su naturaleza exige.

Los detractores de las vides del Soudan pueden tener razón en Francia y perder el pleito en España.

Segun M. Lecart, existen en aquel país cinco clases diferentes de vid, que dan exquisitos frutos, pero en ninguna parte hemos visto que diga que ha traído las simientes por separado. Es probable que, si llegasen á generalizarse esas vides, no tardarían en producir un sinnúmero de variedades de distinto mérito, bajo la influencia del cultivo y de la hibridación, esto es, en mejorarse.

Decimos esto porque algunos dudan que la calidad de su uva sea tan perfecta como lo pretendía M. Lecart. El gobernador del Senegal las ha calificado solamente de regularmente buenas, aunque *ligeramente agrias*, y los oficiales que las han probado han confirmado el juicio de su superior jerárquico; pero no sabemos si las uvas que cataron habían llegado á un punto de perfecta maduración. Es probable que se las había recogido algo verdes para que soportasen mejor un largo viaje.

Lo más prudente es aplazar todo juicio y hacer un ensayo en nuestro país, que es donde importa que salgan buenas esas uvas.

ESTANISLAO MALINGRE.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Director de EL CAMPO.

¡Por todas partes se va á Roma! Con el mero objeto de asistir á un alegre tentadero, salimos para Benavente bajo la amable dirección de los Sres. Pepe y Lorenzo y en compañía de todos los lectores de EL CAMPO: gracias á la ligereza de las cinco jacas marismeñas del Sr. Conde de la Patilla, recorrimos tres leguas en cincuenta y dos minutos; allí tuvimos la suerte de encontrarnos con el Sr. Marqués de la Conquista y sus tiros extremeños, y..... viaje redondo. ¡Ya dimos la vuelta al mundo!

Ingenuamente hemos de confesar que no llevábamos ropa para tan larga excursión, y que algo desprovisto nos coge; pero cediendo á las halagüeñas indicaciones de un muy benévolo amigo nuestro, cuyo obligado silencio han de sentir hoy más que nunca los lectores de este periódico, ya embarcado, por lo demás, ¿qué hemos de hacer sino coger el remo con nuestras débiles manos? Sobre nosotros, como sobre la infeliz Sevilla, se ha desencadenado la tempestad con inusitado vigor; arrecia el temporal: ¡A luchar, pues, y defenderse!

Ya lo saben los lectores de EL CAMPO. Del hecho de haber encontrado los Sres. Pepe y Lorenzo dos tiros de cinco jacas marismeñas, de indudable ligereza; toma pié el Sr. Marqués de la Conquista, quien hace años confesaba que estaba «algo acaba-

da» (1) nuestra raza caballar, para declarar que dicha raza «existe aún á pesar de los rudos ataques que constantemente sufre resignada y silenciosa» (2) ¡ah! Sr. Marqués, ¡silenciosa! eso no); para declarar que los que, como nosotros, han elogiado la superioridad del *Thorough bred* han pecado de imprudentes y antipatrióticos; que los que, como nosotros, han recomendado su aclimatación y cruza han incurrido en un «solemne desatino»; que los que, como nosotros, no han perdonado esfuerzo en favor del fomento y de la mejora de la cría caballar se hacen reos del delito, quizás del crimen, de «destrucción» (3). ¡Ya nos tienen ustedes confesos, convictos é impenitentes! Pues, aunque animados del exclusivo deseo de acertar y de contribuir al afianzamiento de lo que consideramos como un progreso, libres de todo amor propio y sin pretensiones de infalibilidad, respetemos como el que más el principio fundamental de toda controversia, el honor y la razón de ser de toda discusión: la esperanza de convencer y la posibilidad de ser convencido; impenitentes nos declaramos. Impenitentes, sí, y ¿por qué no? En apoyo de sus declaraciones que, por lo tremendo de los términos, más bien parecen anatema y excomulgación, ¿nos presenta el Sr. Marqués de la Conquista, nos presentan los Sres. Pepe y Lorenzo, en un todo conformes con la opinión del Sr. Marqués, algún dato nuevo, algún hecho concreto, alguna prueba material, cuya evidencia sea capaz de infundir en todo espíritu imparcial y recto el convencimiento del error nuestro?

Creemos estar en el caso de poder afirmar que no.

Reproducen nuestros apreciables contrarios opiniones que siempre defendieron y siempre respetamos; previsiones que ya se sirvieron exponernos, pero que hasta ahora y por fortuna no hemos visto realizadas; argumentos teóricos, en cuyo abono no aducen pruebas opiniones, previsiones, argumentos encaminados todos á demostrar:

Por una parte, que el caballo *Thorough bred* ni ofrece las condiciones que se le atribuyen, ni puede aclimatarse en nuestro país, y

Por otra parte, que fomentamos la destrucción de nuestra raza caballar, cuya existencia afirman, cuya superioridad ponen fuera de duda y cuyo actual estado ámplios elementos de desarrollo ofrece.

¡Singular achaque el nuestro! ¡Tan propensos á hacer poco caso de las cosas buenas que tenemos, y á ponderar, al contrario, como inmejorables las medianas y hasta las malas!

¡Cuántas veces no nos hemos maravillado al ver que, por lo general, el inmenso cuartel-convento de El Escorial mueve tanto ó mayor entusiasmo que cualquiera de las admirables obras de este Titan de la pintura que se llama Velázquez! ¡Con razón podemos enorgullecernos de la incomparable riqueza del subsuelo patrio; de tantas minas, tesoros casi únicos, de cobre y cinabrio, de plomo y de fosfato, de que la mano de Dios ha dotado con prodigalidad nuestra patria; no, preferimos declarar nuestra raza caballar superior á todas las demás! Nos pasa en esto lo que á Ingres y á Rossini; Ingres, á quien poco le importaba le llamasen gran pintor, y mucho le halagaba le felicitasen por su maestría en el violín, que era poca; Rossini, quien mayor satisfacción y mayor orgullo quería aparentar en saber guisar á la perfección un plato de *macaroni* que en haber tenido, por elección de Dios, la singular gloria de dar forma á las encantadoras melodías de *Guillermo* y del *Barbero*.

Pues ¿en qué, si no en las generosas excitaciones de su patriotismo, funda su afirmación el se-

(1) Véase EL CAMPO de 1.º Febrero 1877, pág. 53.

(2) Id., id. de 16 Enero 1881, pág. 54.

(3) Id., id. de 1.º Marzo 1881, pág. 99.

ñor Marqués de la Conquista? Citemos sus palabras:

«Una de dos: ó los garrochistas no entienden una palabra, ó los caballos á que se refieren son buenos, y como éstos, *habría* algunos otros: de manera que la buena raza de caballos españoles *existe* aún» (1).

Al analizar dicha afirmacion, al parecer tan terminante, nota el espíritu crítico que el «*habría*» mal se aviene con el «*existe*» que á renglon seguido lo acompaña, y que el hecho no queda sentado con la fuerza que hubiese deseado darla el señor Marqués de la Conquista. Hubiese dicho el señor Marqués de la Conquista: «Los caballos á que se refieren los garrochistas son buenos, y como éstos hay otros.....» su argumentacion, á no dudarlo, hubiese adquirido mayor grado de fuerza; pero aun interpretando su frase en este sentido, no podriamos admitir como válida é incuestionable su deducccion.

¿No existe, por ventura, diferencia, y diferencia notable, entre tener buenos caballos y tener una raza de caballos?

De que hay buenos caballos en un país, ¿puede sacarse la obligada consecuencia de que existe una raza de caballos?

Admitiendo, como no tenemos dificultad en admitirlo, que los garrochistas entienden de caballos, y que los caballos que declaran buenos lo son efectiva y realmente; reconociendo, como nunca nos hemos negado á reconocerlo, que existen en España buenos, sufridos y valientes caballos, queda aún por demostrar que dichos caballos, además de ser buenos, son de *pura sangre española*.

Ecco il problema; y esta demostracion es la que seguimos creyendo necesaria se haga para dejar patentizada la injusticia de cierta comparacion nuestra con el famoso *Babieca*.

Y tanto mayor importancia ha de tener esta demostracion, que en los últimos escritos de nuestros respetables contrarios vislúmbrase cierta tendencia á elevar á la jerarquia de caballo pura sangre español todo caballo nacido en el patrio suelo, y que no tenga, por de contado, la impura mezcla de sangre *Thorough bred*.

Admiracion nos causa ver dibujarse esta tendencia; pues qué, en los tiempos de gloria y grandeza de la antigua raza pura sangre española, ¿no existia en España sino una sola raza? ¿formaban parte todos los caballos españoles de una sola y única familia?

¿Quién se atreveria á contestar afirmativamente estas preguntas? Y si tenemos nosotros el atrevimiento de plantear la cuestion en estos altivos términos, es que la contestacion afirmativa implicaria de por sí la afirmacion que en ningun tiempo, en ninguna parte, ha sufrido la raza caballara española cruza ni mezcla de ninguna especie; y además, que el caballo español es, como si dijéramos, aborigene y autóctono, habiendo brotado espontáneamente del suelo mismo español.

Ahora, como hace cuatro años, no se trata de averiguar si existen ó no en España buenos caballos de vaca, de paseo ó de tiro; se trata de saber si aún existe la raza pura sangre de caballos españoles: pues, equivocados ó no, seguimos pensando que la sola, la única base verdadera y cierta de regeneracion de las razas es *la sangre*.

Y no se nos negará que, del propio modo que toda aristocracia es minoría, forzosamente hubo de ser, y ha de ser (si existe aún) la raza pura sangre española minoría en medio de las razas del país, como la raza pura sangre árabe, como la raza perfecta creada por la industria de los ingleses (*Thorough bred*) son minorías, y minorías cortas, en medio de las razas inglesas y orientales.

Importa, pues, se esclarezca, ante todo, este primer y primordial punto.

¿Existe aún la raza pura sangre española?

Para probarlo; tracen nuestros contrarios la historia de nuestras razas caballares en nuestro país; digan las grandezas y vicisitudes de la raza pura sangre; formen el cuadro completo y exácto de su actual estado; enumeren y detallen los elementos que hoy cuenta, y cuáles son hoy día sus legítimos é indudables representantes.

Nosotros, que entramos en este debate sin idea preconcebida, sin ciega pasion, prometemos examinar dicho trabajo con absoluta imparcialidad; dirémos más, con el vivísimo deseo de hallar fundadas pruebas de nuestro error.

Pero llévase á cabo este estudio con esmero y minuciosidad, ganadería por ganadería, investigándolo todo hasta donde pueda hacerlo la buena fe, y que en prueba del aristocrático abolengo de cada uno de los animales que se nos presenten como representantes actuales de la ilustre y antigua raza pura sangre española, vengan pruebas auténticas, fehacientes,—y permítasenos decirlo sin intencion de lastimar á nadie—pruebas más incontrovertibles que las que sirvieron á clasificar á *Cabecilla* como genuino representante de la raza pura sangre española.

Justo seria tacharnos de exagerada exigencia al pretender semejante justificacion, si por nuestra parte no ofreciésemos un animal cuya genealogía desde hace un siglo está fuera del alcance de la duda, y que, desde hace un siglo, por vía de *selection* constante, ha llegado á ser un modelo. Á los partidarios del *Thorough bred*, como tipo y patron de regeneracion, ¿no les asiste derecho al pedir se ponga ante todo en claro la existencia y el actual estado de la raza pura sangre española, y se pruebe la superioridad de sus representantes por vía de una demostracion más convincente que la de esa especie de *juicio de Dios* que tanto ponderan nuestros adversarios?

Ya tuvimos ocasion de emitir nuestra modesta opinion respecto á dicho aserto, cuyo fundamento, por lo demas, ponemos en duda, pues negamos en absoluto la falta de resistencia del caballo *Thorough bred*. Pero ya que prodúcese de nuevo el argumento, veamos siquiera qué extrañas consecuencias, qué singulares resultados ofrecería la aceptacion como buena de la rara teoría de la superioridad por falta de sueño, de buena alimentacion y de toda clase de cuidado.

Pues bien: si, como piensan los Sres. Pepe y Lorenzo, es superior el caballo español (y observarán nuestros lectores que no tratan los señores Pepe y Lorenzo del caballo pura sangre español), es superior cualquier caballo español al caballo *Shorough bred*, por la sencilla razon de que éste no podría pasar la noche sin poder echarse por falta de espacio (2), á estilo de los sufridos animales del tentadero de Benavente, no nos podrán negar tampoco, por deducccion lógica é irrefutable, que el caballo del cosaco, por ejemplo, expuesto, sin abrigo ni tienda que le cobije, á las intemperies del viento y de las nieves en invierno y de los abrasadores rayos del sol en verano, es tipo mucho, muchísimo más perfecto que el caballo español. ¿Lo admiten? ¿Admiten como racional que el lapon ó el indio de Tierra de Fuegos deba considerarse como tipo más perfecto del hombre que el italiano ó el inglés? ¿Admiten como racional que cuanto más se va bajando la escala de la civilizacion, más nos acercamos á la perfeccion? Vean, pues, adonde nos lleva dicho tan cacareado argumento.

En medio de una sangrienta guerra, en medio de un horroroso invierno, hemos visto el caballo

pura sangre resistir toda clase de privaciones, y resistirlos con más valor y más fuerza que cualquiera otro animal. Y para servirnos de un símil, ¿no hemos visto también á jóvenes, acostumbrados á todas las comodidades que proporciona nuestra moderna civilizacion, lanzados sin preparacion, de la noche á la mañana, á la vida militar? ¿No les hemos visto pasar meses y meses enteros sin descansar en una cama, sin saber lo que la palabra sábana podía ya significar, faltos de ropa, faltos de todo aseo, faltos de alimentos? ¿Y han dejado por eso de cumplir con sus deberes materiales y morales, en medio de la dolorosísima epopeya de la guerra, de la propia manera como cumplian sus compañeros, sus camaradas, sus hermanos de fatigas y penalidades, el campesino y el montañés?

Y no es atrevida la comparacion; pues no existe tanta diferencia entre el caballo y el hombre. Por esta misma creencia nuestra no atinamos á comprender en qué pueda consistir «la dificultad, ó mejor dicho, la *imposibilidad*, que en nuestra España ofrece la aclimatacion de los animales y plantas de otros países» (3).

Á los ejemplos que en pro de esta opinion se citan, ¿no estamos en el caso de oponer el hecho de la aclimatacion de cuantos caballos pura sangre se han importado durante estos últimos años? No sabemos que *Ferracques*, *Riffle*, *Pagnotte*, *Vitelotte*, no hayan podido resistir la prueba del cambio de clima; no sabemos hayan muerto vencidos por las condiciones climatéricas de España.

Y no parece, en verdad, á juzgar por los asertos de nuestros contrarios, que nuestro país se halla bajo una latitud especial; sin ninguna analogía con ningun otro, y hasta en un mundo distinto. Por fortuna, la Providencia, hasta hoy, no ha levantado tal muralla de China entre España y el resto del universo; gozan Andalucía y todo nuestro litoral mediterráneo del clima del mediodía de Francia, del litoral mediterráneo italiano y del norte de África. Rivaliza en dulzura el clima de nuestro litoral atlántico con el del atlántico frances. No son Castillas, Aragon y Extremadura regiones hiperbóreas donde sean tan difíciles las condiciones de la vida, y no creemos incurrir en equivocacion de bulto al comparar el clima de dichas provincias con el del valle superior del Pó y de la region de los Apeninos, donde, por más señas, tenía establecido el rey Víctor Manuel su yeguada de San Rossoze.

Creemos, pues, firmemente que, tan bien ó mejor quizás que cualquier otro país de la zona templada, se presta España á la aclimatacion del caballo *Thorough bred*.

¿No se aclimata el hombre en nuestro país? ¿Eran Hartzenbusch y Fernan-Caballero de origen puramente español? ¿Han dejado por esto de florecer su talento y su ingenio, robustecidos quizás por la savia de nuestra tierra y los rayos de nuestro sol? ¿Es ménos española su gloria? ¿Son ménos españoles los hijos y descendientes del inmortal descubridor del Nuevo Mundo?

Han de probar, por lo ménos, tales ejemplos que no ofrece nuestra España tanta dificultad, tal imposibilidad de aclimatacion. Es más: si hubiésemos vivido hace un siglo, cuando se trató en Inglaterra de crear por medio de la aclimatacion y seleccion del caballo pura sangre árabe la raza que vulgarmente llamamos hoy pura sangre inglesa, quizás hubiésemos puesto en duda la posibilidad de aclimatar bajo el clima húmedo y frio de la Gran Bretaña el hijo del cálido y seco Oriente. Pero cuando se trata de aclimatar el caballo *Thorough bred*,—que, bueno es repetirlo, no es sino caballo de origen árabe,—en un clima más suave que el de Inglaterra ó Francia, mas parecido al

(1) Véase EL CAMPO de 16 de Enero de 1881, pág. 54.

(2) Véase EL CAMPO de 1.º de Abril de 1881, pág. 132.

(3) Véase EL CAMPO de 1.º de Marzo de 1881, pág. 99.

clima de su país originario, ¿qué clase de temores puede abrigarse respecto al satisfactorio resultado?

Sin duda, como ya en anterior ocasión lo dijimos, bajo la acción de un sol más ardiente, de una alimentación distinta, de un clima como el nuestro, ha de sufrir la raza *Thorough bred* (como las sufre la raza humana) modificaciones lentas, pero profundas. Sin duda el *Thorough bred* aclimatado en España no será, al cabo de cierto número de generaciones, semejante en un todo al animal que hoy conocemos; pero ¿valdrá menos por eso? Estamos casi por decir que valdrá más.

De todos modos, servirá al objeto, al único objeto á que está llamado, gracias á una cruce lenta y prudentemente llevada, irá infundiendo gota por gota en las venas de las razas del país su pura y generosa sangre; así cumplirá su misión, pues no es otra, y así quedarán realizadas nuestras esperanzas.

Pero si no sucediese así; si, como piensan y creen nuestros adversarios, saliesen defraudados nuestros deseos, y vanos tantos esfuerzos, ¿en qué hubiese perjudicado nuestro error á nuestra patria y á nuestra raza caballar?

Hubiéramos incurrido en un «solemne desatino.» Sería cierto.... entonces; pero ¿en qué nos hubiésemos hecho reos del delito de destrucción?

Sin duda tenemos buenas, excelentes, jacas, de poca talla, pero de gran valor y resistencia; tenemos buenos caballos de vacas, y alguna que otra casta de buenos caballos de servicio; pero ¿tratamos de destruirlos? ¿Viene á sustituirlos el *Thorough bred*?

En Inglaterra misma; en Francia, en Rusia, en Alemania, en Hungría, ¿no existen para el tiro y para los usos de la vida de campo razas distintas de la raza *Thorough bred*; razas como la del Norfolk, de Normandía, de Mecklemburgo; razas como la de los incomparables caballos Orloff? ¿Les perjudicó la aclimatación del *Thorough bred*? ¿Por qué en España ha de perjudicar á las razas del país? Servirá, al contrario, á mejorarlas, á elevar el nivel medio, como, si aún existiese robusta y poderosa, hubiese podido servir la raza española pura sangre.

Ya que por incidencia volvemos á tocar este punto de la existencia de nuestra raza pura sangre, producirémos un argumento más, y quizás no del todo ocioso. Al tiempo de ir escribiendo lo que antecede, hemos tenido la curiosidad de averiguar cuántas inscripciones de caballos españoles de pura sangre hanse efectuado en estos tres últimos años para el Gran Premio de Madrid. Pues bien; de este pequeño trabajo estadístico resulta que sola y exclusivamente en el año 1878 se inscribieron tres: *Libertina*, por *Avencer*, sin indicación de madre; *Lince*, por *Alguacil* ó *Avencer*, también sin indicación de madre, y *Lepanto*, por *Avencer*, también sin indicación de madre; y que en los años de 1879 y 1880 no se inscribió ninguno, habiéndose por contra inscrito en 1880 doce potros ó potrancas *Thorough bred* nacidos en la Península.

Y no se nos diga que el hecho se explica por no haber tenido los dueños de potros pura sangre españoles intención de correrlos, pues de todos modos les hubiese convenido la declaración y clasificación, para dejar sentado de manera fehaciente el buen nombre de la ganadería y la genealogía de sus productos.

Este hecho por una parte, y este afán por otra de poner fuera de duda la existencia y la superioridad de la raza pura sangre española, nos traen á la memoria un recuerdo histórico: Tratóse después de la guerra de 1859, si no nos equivocamos, de gestionar el reconocimiento de Italia como gran potencia. Enterado el Conde Cavour de este amistoso propósito y de las dificultades que suscitaba, no vaciló un momento; trasladóse á casa del mi-

nistro del soberano que más insistía en este punto, y con su afable é irónica sonrisa, dicen que le dijo: «No se canse V. más, amigo mio; no se necesita declarar grande á una nación cuando lo es; y ¿de qué le sirve reconocerla como tal cuando no?»

Apliquemos á las razas de caballos lo que de las naciones pensaba, y con razón, el gran Cavour. ¿Se discute hoy acerca de la existencia de la raza *Thorough bred*? ¿Se discute hoy acerca de la existencia de la raza Kochlani ó de la raza Orloff? Pues si se sigue discutiendo sobre la existencia de la raza pura sangre española será que, respecto á este particular, motivos de dudas y de murmurar tendrá.... el «Gran Galeoto».

Inscriban nuestros ganaderos sus caballos pura sangre españoles; esclarezcan su genealogía; hagan lo que deben y pueden hacer, y los aplaudiremos con entera sinceridad, y reconoceremos con lealtad que se habrá reanudado el hilo interrumpido de la gloria pasada; pero, entre tanto, no nos tachen nuestros adversarios, ni de terquedad en nuestras opiniones, ni de hostilidad de *parti pris*.

La Sociedad de Fomento de la Cría Caballar protege con amplio espíritu de tolerancia, y por medio de premios al efecto destinados, la cría de los caballos pura sangre españoles; pone de su parte cuanto es posible para fomentar su regeneración; está dispuesta á hacer cuanto á su alcance esté para conseguir dicho objeto. ¿Sería justo, pues, achacarle proteger y fomentar, por otra parte, la aclimatación del caballo *Thorough bred* y el desarrollo de las cruzas?

Informados todos sus actos y propósitos en un prudente y generoso criterio de libertad y de justicia, no suscita ni eleva trabas, sino busca medios de allanarlas todas.

¿Por dónde y cómo nos empleamos, pues, en un trabajo de destrucción?

¿En qué y cuándo hemos obligado á los que de nuestras teorías no participan á someterse á ellas?

El ganadero libre, enteramente libre de elegir los medios de mejorar sus castas, ¿se halla en la precisión de practicar nuestros consejos?

Y si cruza con caballos *Thorough bred* será, sin duda, que no le parecen tan funestos los resultados ya conseguidos en Andalucía.

¿Dónde está, pues, el delito de destrucción? ¿Dónde la falta de prudencia y de patriotismo?

Fiándolo todo á la iniciativa, á la industria y al esfuerzo particular, no pidiendo para nuestras teorías sino el apoyo y concurso de cuantos como nosotros piensan, no nos ha de remorder la conciencia, venga lo que viniere; y si salimos airosos en nuestra empresa, culpen los Sres. Pepe y Lorenzo, culpe el Sr. Marqués de la Conquista á sus partidarios, que no habrán sabido aprovecharse, en opinión de ellos, de los poderosos elementos que tienen; pero no culpen á los que hoy han tenido la mala suerte de tenernos por abogado.

ALFREDO WEIL.

Sr. Director de EL CAMPO.

Madrid, 12 de Abril de 1881.

Muy señor mio y de mi mayor consideración: He de merecer á la imparcialidad de V. se sirva rectificar en el próximo número de su apreciable periódico una interpretación equivocada que se da á unas palabras mías.

No he dicho, como afirman los articulistas Pepe y Lorenzo en el número de 1.º de este mes, que me arrepentía de haber hecho cruzas en mi ganadería; pero sí que si la hubiese heredado pura, la hubiese continuado. Esto no significa que me declare enemigo de las cruzas, ni que renuncie al mejoramiento de la raza por medio de ellas; y

buena prueba de esto son mis constantes trabajos para llegar al resultado más satisfactorio posible.

Da á V. anticipadas gracias el que se repite de usted afectísimo S. S., Q. B. S. M., — EL MARQUÉS DE LA LAGUNA.



NOVELA.

BEBÉ.

(Continuacion.)

VII.

Era de noche. Bébé caminaba haciendo resonar sus zuecos, rebujada en un manto de invierno y colgando de su brazo una cesta en la que llevaba, además de su ropa, algunos huevos frescos y la palma bendita del último domingo de Ramos. No sabía con certeza hacia dónde caía París; pero había visto á tanta gente ir y venir á esta ciudad, que esperaba poder encontrarla.

Bebé se encaminó en derechura á la plaza del barrio Leopoldo, donde las locomotoras humean y gruñen día y noche sobre la férrea vía. Resonaban las campanas, rápidas luces se entrecruzaban entre agudos silbidos, y la multitud se apiñaba inquieta y en confuso tropel.

—¿A París?... preguntó Bébé con acento suplicante siguiendo á los demás viajeros hacia una ventanilla enrejada.

—Veintisiete francos. ¡Vamos, pronto! la respondieron.

Bebé se quedó temblorosa, aterrada. No había pensado en el dinero, é ignoraba que la juventud, la fuerza, el amor, la sumisión, la súplica no sirven para nada en este mundo. De pronto le ocurrió una idea feliz; quitóse sus pendientes de plata, y alargándoselos al empleado, dijo:

—¿Quereis esto que vale mucho más?

Una carcajada general resonó en torno de ella. La pobre niña seguía ofreciendo los pendientes con mirada implorante.

—Conducidme, por amor de Dios, conducidme. Iré con los carneros, con los animales; pero llevadme á París.

La confusión aumentaba; nadie se cuidó de ella, excepto un ladrón, que arrancándole los pendientes de las manos, desapareció entre la multitud.

Parecióle que un animal enorme acababa de pasar junto á ella como un rayo, arrojando por sus negras narices torbellinos de llamas y vapor; sintióse como á manera de un temblor de tierra, y en seguida todo quedó en silencio. El tren express de París acababa de partir.

Bebé permaneció un momento inmóvil, aturdida por aquel estrépito, aquella dificultad y aquel abandono.

—¿Pero es posible que no pueda ir á París sin dar dinero? preguntó al empleado.

Este la miró con sorpresa y lástima.

—Ya podeis comprender que es imposible, respondió, cerrando la ventanilla.

Bebé salió de la estación con el corazón acongojado, pero sin desanimarse.

—¿No hay medio de ir á París sin tener dinero? preguntó á una vieja, á quien ya conocía algo, que vendía juguetes de madera en el camino de la Estación.

La anciana, sacudiendo la cabeza, contestó:

—Nada se hace en el mundo sin dinero.

—¿Está muy lejos para ir á pie?

—¿Lejos? ¡Cristo divino! Está en el corazón de Francia, á doscientas millas ó más, según di-

cen. Yo no sé que nadie haya ido á pié más que mi hijo, y eso que, como es zapatero, ya sabe lo que cuesta andar. Allí está haciendo su suerte. Y no lo sé porque él me escriba, porque la gente cuando no necesita nada no tiene para qué gastar el tiempo en cartas.

—¿Decís que vuestro hijo fué á pié?

—Cierto. Hará unos diez años. No llevaba más que algunos sueldos y su baston. Pero se empeñó en probar fortuna.... Verdad es que los piés los tenemos para andar. Si vais á París y le encontráis decidle que me mande algun socorro. Estoy ya cansada de trabajar.

Bebé se alejó con resolucion. Si no habia otro recurso que ir andando, andando iria. La fatiga no podia molestar sus piecillos, acostumbrados á pisar el ardiente polvo del estío y los helados témpanos del invierno. Pero ¿cuánto tiempo necesitaria para llegar? Y estaba enfermo, parecia verle devorado por la fiebre.... Pero ¿á qué apurarse? No faltarian almas caritativas que la permitieran subir en algun carro. Todos habian sido buenos para ella, aún en aquellos dias. Para llegar á París en quince, necesitaba hacer jornadas de veinte millas; Dios le daria fuerzas.

Contó el dinero y los huevos que llevaba, y creyó que tendria bastante con esto para sustentarse. Pensaba haberle regalado los huevos; pero lo importante era llegar á París.

Despues de dirigir una breve oracion ante una capilla que habia en las afueras, enjugó sus lágrimas, que aún caian á hilos por sus mejillas, y emprendió valientemente el camino de París.

Era una noche clarísima, estrellada. Anduvo sin esfuerzo diez millas. Jamas habia estado tan lejos de su casa, sino el dia que fué á Malines con Emilio. Con la agitacion del paso, y al pensar que á cada uno que daba estaba más cerca del pintor, los dulces recuerdos del pasado se despertaron en su imaginacion. Dirigia tiernas sonrisas á las estrellas, y los álamos agitados por el viento le hacian el efecto de alas y espadas de un ejército de arcángeles. El camino atravesaba el bosque, y mientras estuvo en él, continuó tranquila. Pero al llegar á Boisfort, ya fué otra cosa. Los merenderos al aire libre y los emparrados, donde se refugiaban los aficionados á excursiones campestres, y ante los cuales descansaban los carruajes adornados de cascabeles, le recordaron en seguida aquella tarde, funesta y deliciosa á la par, en que él la habia besado por primera vez. Estremeciéndose con tal impresion y echó á correr hasta encontrarse de nuevo en medio del campo.

Sería la media noche cuando llegó á la ruinosa abadía de Groenendael. El pueblo estaba sumido en el mayor silencio. Tenía frio y estaba cansada; pero no se atrevió á llamar á ninguna puerta, y siguió su camino sin encontrar á nadie. Solamente algunos caminantes, tomando aquella forma oscura que andaba apresuradamente sonando estrepitosamente sus zuecos por una aldeana de aquellos contornos que volvia de la feria, le daban las buenas noches en flamenco.

Cuando la aurora comenzó á colorear el extremo oriental del horizonte, paróse bajo un cobertizo que guardaba leña seca, y durmió dos horas. Al despertarse, bañó su rostro en un arroyo cercano, se desayunó con un vaso de leche que compró en la primera majada que halló, y emprendió de nuevo el camino con más ahinco, recitando su oracion predilecta. Aun la rodeaba el bosque con sus mil canciones de insectos y pájaros. No, seguramente Dios no la dejaria morir.... al ménos, antes de conseguir abrazarle y espirar con él.

En Rixensart, pueblo oculto entre verdes espesuras, unas aldeanas la invitaron con bondadosa espontaneidad á participar de su almuerzo y co-

menzaron á decirse unas á otras que Bebé parecia un niño Jesus.

Reanimada, bien fuese por aquel poco de comida y por la cordial confianza con que le fué ofrecida, bien por algunas horas de descanso en un establo, ó bien por sus propios pensamientos, pues la sola esperanza de tocar la mano de Emilio, de oír su voz, le daba nueva vida, llegó y pasó por Ottignies, La Roche, Villers, Tilly, Ligny y Fleurus, y por los campos de hierro y carbon que rodean á Charleroi. Bebé se detuvo allí aterrada por la sombría fealdad de aquel sitio, que le pareció el infierno. El polvo espeso como el del hollín; los mineros, herreros y vidrieros, delgados y negros, profiriendo de continuo horribles blasfemias; las mujeres, que no tenian figuras de mujer; los muchachos, andrajosos, que aullaban como perros; aquel estruendo, en fin, que produce la incesante actividad de ochocientos mil obreros, no se parecia á nada de lo que Bebé hasta entónces habia visto. Prefirió quedarse sin dormir aquella noche antes que penetrar en alguno de aquellos infernales antros; y cuando contempló á Charleroi detras de sí, parecióle que habia envejecido diez años desde la época en que hilaba tranquilamente en su jardinillo.

Ni aún la vista del valle de Sambre pudo reanimar sus fuerzas, agotadas ya por la falta de sueño y de alimento. Quería economizar el escaso tesoro de sus alimentos, y le repugnaba pedir limosna. Seguramente que todos se hubiesen compadecido de ella al verla tan jóven y tan pobre, y le habrian dado hospitalidad si ella hubiera querido detenerse. Pero ¿cómo rendirse á la fatiga y dar descanso al cuerpo sin saber lo que á la sazón ocurría en París? Lo más que se permitía era entrar en las iglesias ó capillas que encontraba al paso, el tiempo preciso para rezar por él. Los zuecos iban ya estando tan usados que, á traves de ellos, sentian sus piés el calor del camino.

Cuando llegó á la frontera, se le figuró que todo el país que acababa de recorrer daba vueltas en torno de ella; pero pronto esta ilusion se disipó, desvanecida por una nueva angustia. El peor de todos los obstáculos, el más imprevisto, el más incomprendible para ella tenia aún que sorprenderla.

Como estaba indocumentada, la rechazaron cual si fuese un criminal. Bebé no entendia de leyes, pero comprendió vagamente que se le prohibia entrar en Francia; y se dejó caer desfallecida bajo un árbol, prorumpiendo en sollozos de desesperacion.

¿Por qué no la dejaban pasar? Aquel era el mismo camino, con los mismos vallados, las mismas casitas blancas, los mismos aldeanos con blusas azules y las mismas yuntas de bueyes. No veia punto de separacion, no encontraba diferencia alguna; y sin embargo, aquellos hombres le decian que ella estaba en Bélgica y ellos en Francia, y que no podia pasar. Despues de manifestarle esto, volvieron las espaldas. Las blancas nubes seguian caminando hácia el Sur; pero ella.... ella se moriria allí mientras él espiraba en París sin que nadie le cuidara.

Por acaso pasaba entónces por allí un buhonero que llevaba relojes á Francia, y parándose junto al sitio donde estaba Bebé, le preguntó qué tenia. La pobre niña, cayendo de rodillas ante él, le dijo llorando:

—Os suplico por amor de Dios que me socorrais, que tengais piedad de mí. Vengo á pié desde Brusélas, mi tierra, y los soldados no quieren dejarme pasar porque me faltan no sé qué papeles. ¿Qué papeles he de tener yo? Nunca he obrado mal, no debo nada á nadie, y no hago más que seguir mi camino. ¿Quiéren dinero? No le tengo; me han robado mis pendientes, y si no llevo pron-

to á París, no le veré ya nunca.... ¡nunca, Dios mio!

Sus gritos y lágrimas conmovieron al buhonero, que era hombre de mundo y sabia distinguir la verdad de la mentira.

—Levantaos, contestó, y yo os pasaré. Es faltar á las leyes, y me expongo á que me impongan una pena.... Mi hija se ha quedado en Martois con un amante, y su nombre y su filiacion servirán para vos. Yo no sé cuál es vuestra desgracia; pero debe ser muy grande y me pareceis muy buena. Venid, seguidme y no digais una palabra. Es preciso que os tomen por una alemana muda como un leño.

Bebé obedeció, sin comprender otra cosa sino que aquel hombre era caritativo y la iba á introducir en Francia.

El buhonero inventó una historia para engañar á los aduaneros, fingiendo regañar á Bebé por haberse separado de él y estar llorando como una tonta. Examinaron á los supuestos padre é hija con minuciosa escrupulosidad, leyeron con detenimiento el pasaporte y los dejaron pasar.

—Ahora, no me deis las gracias ni os separeis de mí, porque aún estamos muy cerca de la Aduana. Contadme vuestras cuitas mientras vamos andando.

Pero Bebé no estaba para contar nada, y su silencio ofendió al buhonero, que la llamó ingrata y se arrepintió de haberse compadecido de ella. Sin embargo, despues de haberse desahogado, la puso á viva fuerza una pieza de plata en la mano cuando se separaron en el camino de San Quintin.

Este camino era árido y triste, pero su vista recordaba á Bebé el país donde habia nacido. Se sentia morir de cansancio, pero estaba en Francia, en la patria de Emilio. Dios es bueno.

Algunas veces sentia los efectos del vértigo, le parecia que el suelo temblaba bajo sus piés, y otras se sacudia sobresaltada, creyéndose presa entre ocultos lazos y viendo á la tia María. Pero la tia María no podia hacerle nada malo, y no le daba miedo. Á pesar de todo, desde el dia en que él se despidió, nunca se habia sentido tan feliz. Á medida que se iba debilitando su cuerpo, se exaltaba más y más su imaginacion. Recordaba entónces clara y distintamente cuánto habia aprendido en los libros, y pensaba que cuando se presentara ante él de nuevo aún era muy ignorante.... pero ya no tanto. Prometíase leerle libros para que le escuchase, puesta de rodillas ante él, cuidándole, sirviéndole, adorándole y creyéndose harto recompensada si él se dignaba rozarla con sus labios. Los pensamientos de Bebé no pasaban de esta esfera. Cuando el amor llega á este grado de fervor, no se acuerda más que de sí mismo, y lo demas para él cesa de existir.

Quien sólo ve el mundo exterior, puede jugar con la pasion y divertirse con el sentimiento; pero ése no ama. Bebé no oia lo que le decian, ni tenia conciencia de lo que hacia; sólo pensaba en avanzar siempre por aquel camino que se desarrollaba como una blanca cinta. En sus ojos llegó á encenderse una viva llamarada que deslumbraba á cuantos encontraba al paso. Todos la creian loca ó atacada de fiebre.

Sus vestidos estaban ya desgarrados por las zarzas y maltratados por el rigor de las estaciones. No ponía cuidado más que en sus rizos rubios, que tanto estimaba, y sobre los cuales pasaba á menudo su bellísima y torneada mano. Quince dias despues de haber salido de su aldea, Bebé vió á París, que resplandecia con los rayos del sol. ¿Cómo detenerse al tocar al fin de la jornada? Le zumbaban los oidos, y su cabeza parecia estallar á impulsos de un dolor persistente. Uno que estaba cogiendo cerezas en un jardin de los alrededores, dijo:

—¿Estais mala, niña?

Bebé contestó con celestial sonrisa:

—No lo sé, pero voy muy contenta.

Veinticuatro horas hacia que no comia nada, cuando llegó á una ribera dorada por el sol que se ponía. Estaba en París. Cuando el pichon vuelve al palomar, nunca piensa en tornar la vista tras sí, y Bébé siguió avanzando sin que nadie se fijara en aquella desgraciada, que llevaba sobre el hombro un lío pendiente del extremo de un palo. ¡Cuántos y cuántas entran en París á buscar fortuna y sólo encuentran la desgracia y la miseria!

Aunque Bébé no se fijaba en nada, no dejó de ver unos ramitos de capullos de rosa que estaba vendiendo en una de las calles cierta florista, como ella vendía los suyos en la plaza de Brusélas. Quedábanle dos sueldos, y compró dos de aquellos capullos que tanto gustaban á Emilio. La florista le dió las señas de la calle que buscaba. Bébé se figuró que ya tenía alas, y que una música deliciosa resonaba en sus oídos, y sacando el rosario, pronunció algunas oraciones en accion de gracias.

Ya era de noche cuando llegó á casa del pintor, donde, al entrar, pronunció en voz baja su nombre, cual si éste fuese una cosa sagrada que se profanase al decirle en alta voz. El portero le indicó cuál era su cuarto, y se quedó riendo al oír resonar los zuecos sobre los escalones de madera. Bébé contó diez, veinte, treinta, cuarenta.... hasta tres pisos.

—Debe ser muy pobre cuando vive tan alto, pensaba Bébé. Sin embargo, la casa era elegante. Á ella le pareció un palacio.

El corazón de Bébé palpitaba tan agitadamente, que estaba ya sofocado; temblaban sus miembros; ante sus ojos sólo se mostraba ya roja niebla; pero á cada paso daba gracias á Dios. Un instante más, y conseguiría ver al único sér á quien amaba en el mundo.

—¡Qué contentó se pondrá! se decía para disipar cierta inquietud que por primera vez sentía.

Estaba malo, y ella iba allí para cuidarle. Cuando mejorase, si él le decía que se fuése, se iría. Yá podía morir.

Cuando estuvo en el piso tercero, llamó á la puerta, que pareció abrirse por sí sola, y como nadie se presentase, Bébé avanzó resueltamente. Allí dentro vió lámparas encendidas, y respiró perfumes embriagadores y extraños. En todas las habitaciones se veían lujosísimos muebles, armas de todas clases y antiguos cuadros, que le parecieron á la vez tristes y magníficos. El traqueteo de sus zuecos se apagaba por la muelle blandura de las alfombras. Aquella no podía ser la mansion de un hombre pobre.

Estaba helada por un terror profundo. Al concluirse el tercer salon, se encontró delante de una cortina, que levantó tímidamente.

—Soy yo, Bébé, exclamó alargando los dos capullos de rosa.

La voz se apagó en sus labios, y permaneció inmóvil, clavada en el suelo. Una gran sala, iluminada á media luz, apareció ante su vista como en un sueño. Echado sobre el lecho, y apoyado su brazo sobre una blanca almohada de encaje, estaba Emilio jugando á las cartas. Hermosísimas mujeres, cuyos rizados cabellos flotaban artísticamente sobre sus desnudos bustos, y hombres que reían y jugaban, formaban un grupo en torno de la cama; y más cerca de él que las demas, rodeando con su blanquísimo brazo, engalanado por pulseras de oro, el cuello de Emilio, Bébé vió, sobre todo, destacándose en medio de aquella infernal escena, una hermosa criatura, rubia y risueña, que le hizo el efecto de una serpiente disfrazada. Las nubes de humo, los estallidos de voces alegres y chi-

llonas, el olor del vino y de las flores, turbaron sus sentidos. Allí se quedó petrificada, con los capullos de rosa en la mano. Pronto los dejó caer, y lanzando angustioso grito, se apartó. Emilio, al oír este grito, volvió la cabeza, la conoció, y prorrumpiendo en una horrible blasfemia, quiso levantarse; pero Bébé ya se había ido. Huyó atravesando los solitarios salones, y bajó la escalera como una liebre perseguida por los galgos. Siguió corriendo embriagada por calles y plazas hasta llegar á la orilla del río, donde un hombre la detuvo. La desgraciada niña quiso luchar con él.

—¡Dejadme morir, dejadme! gritaba tratando de arrojarle con todas sus fuerzas á la corriente de agua silenciosa que parecía estarla esperando. Pocos momentos despues, perdía el conocimiento.

Cuando volvió en sí, advirtió que Juan el leñador, deshecho en lágrimas, estaba junto á ella. Cuando supo que Bébé había desaparecido de la aldea, se marchó á París y estuvo esperándola muchos días á la puerta de la casa de Emilio. Bébé se estremeció al verle y con la vista extraviada le dijo:

—No me toques y llévame á nuestra aldea.

Estas fueron las únicas palabras que le dirigió, sin mostrar extrañeza alguna porque se encontrase allí, en París. Juan el leñador tampoco dirigió á su amada ninguna pregunta, y la condujo al ferro-carril, como ella le había pedido.

Durante el viaje, Bébé permaneció rígida y muda, y la expresion de su fisonomía llegó á asustar á Juan. Si se acercaba á ella, Bébé retrocedía temblando. El pobre leñador acabó por ocultarse en un rincón del wagon para llorar como un niño, con el rostro oculto entre las manos.

Así trascurrió aquella horrible noche. Bébé parecía no comprender nada de lo que pasaba á su alrededor, hasta que, entrando, al despuntar del alba, en su jardín, oyó al mirlo chillar: «¡Buenos días, buenos días!»

Entonces dirigió en torno miradas de asombro sin pronunciar una sola palabra. ¿Habían sido un sueño sus diez y seis años? Nada sabía Bébé.

Las comadres de la aldea, á quienes Juan llamó á gritos, acudieron presurosas arrepintiéndose de haberse mostrado tan crueles con Bébé. Desnudáronla y la metieron en la cama. Bébé les obedecía como un autómata. El leñador no pudo contar más, sino que la había encontrado en París consiguiendo llegar á tiempo para que no se arrojara al río. Todas las mujeres se echaron mutuamente en cara haberle cerrado sus puertas y sus corazones, y decían que, aunque fuese algo culpable, era tan jóven!.... Sobre todo, el deplorable estado de los zuecos les llamó mucho la atención. ¿Qué habría visto en aquel maldito París para que volviese tan cambiada? Lo ignoraban, y Bébé nada decía.

El gallo dirigía alegremente sus cánticos al sol; las abejas zumbaban al rededor de los floridos perales, y la hojarasca de los árboles trazaba sobre el suelo sombras caprichosas. Todo estaba, en suma, lo mismo que el año anterior, cuando Bébé se había despertado pensando que tenía diez y seis años. Ahora ya, echada en su lecho, no daba muestras de conocer á nadie.

Juan el leñador estuvo todo aquel día apoyado en el umbral de la puerta, junto al abandonado y silencioso torno de Bébé, y Trinidad Krebs velaba á la enferma, mientras el tío Juan murmuraba sin cesar: «¡También se muere, también!»

Cuando el sol iba á ocultarse, Bébé se levantó sobresaltada y llamó á todos. Cuantos la oyeron acudieron á sus gritos.

—Traedme un capullo de rosa de los que tengo en el jardín, dijo con voz apagada.

Trajéronle lo que pedía, y tomando el capullo entre sus blancas y transparentes manos, le besó repetidas veces y le ocultó en el fondo de uno de sus zuecos.

—Enviadle esto, exclamó con angustioso acento, y decidle que sólo iba á verle. Su cabeza cayó de nuevo sobre la almohada, y la vida parecía irse alejando poco á poco de sus facciones.

Las vecinas habían dejado el capullo dentro del zueco, sin comprender lo que quería decir.

Por la noche, Juan el leñador se marchó á rezar con el cura á la capilla de los Siete Dolores, y Trinidad Krebs fué á recogerse, pues era ya vieja y estaba muy cansada. Bébé al verse sola dirigió una vaga mirada por todas partes. Ya no percibía en aquella estancia los objetos que ántes le eran tan queridos; sólo veía á aquella mujer rubia y ardiente, con el brazo apoyado sobre el cuello de Emilio. Se bajó del lecho poniendo en el suelo sus desnudos piés, aquellos piés tan bonitos, que él había querido revestir de seda. A ella misma le daban lástima. ¡Estaban tan cansados! Su cabeza estaba dolorida, quebrantado todo su cuerpo.

Besó una vez más el capullo de rosa, y le volvió á colocar dentro del zueco, pensando que se encontraba en medio de una ciudad populosa, alegre, insensible, junto á la orilla de un río, y sus muertas esperanzas huyendo á lo lejos.... y aquella mujer odiosa seguía abrazándole.

La puerta en cuyo dintel había trabajado tanto cantando alegre durante mil días felices, estaba abierta. Los lirios se balanceaban con el viento, pero ella no les vió. Sólo pensaba en la mujer rubia.

Un poco más allá estaba el estanque, donde reposaba dulce y tranquila el agua, velado por la sombra de los avellanos y los sauces. Allí dormían los cisnes bajo los cañaverales, y allí se mecían las altas ninfeas. Se le figuró que aquella agua tan conocida era la del río de la ciudad extraña, y olvidándose de los sitios familiares de su niñez, dió á correr frenéticamente entre las zarzas, siempre pensando estar en las calles de París.

—¡Ya no me necesita! gritaba, dirigiéndose á las estrellas; ¡ya no le hago falta! Allí hay otras mujeres que le abrazan.

Despues, lanzando un débil gemido, como el pájaro que recibe el golpe de mortífero plomo en sus alas, permaneció un instante sobre el agua y luego tendió hácia ella los brazos.

—Ya no me necesita, y ¡estoy tan cansada, Dios mio!

Al decir esto se inclinó hácia adelante, cual un niño fatigado que se arroja en el regazo de su madre, y dejó que las verdes y profundas aguas cobrasen lo que de derecho les correspondía, pues sobre ellas y entre las ninfeas la habían encontrado sonriente en sus primeros días.

Pronto se vió descansar pacíficamente en el mismo sitio, con el rostro vuelto hácia las estrellas, un cadáver. Era Bébé. Falta le hacía reposar. El camino de la vida había sido jornada harto ruda para aquella desdichada criatura.

Cuando los criados que envió Emilio llegaron al siguiente día á la aldea, sólo pudieron llevar á su amo un capullo de rosa marchito y ajado y un par de zuecos destrozados.

—Son de la única mujer que me ha amado de veras, dijo á las cortesanas que se asombraban viendo aquellos zuecos en casa de Emilio.

FIN.

SEVILLA INUNDADA.

La primavera ostentaba sus encantos, embalsamaba el aire el penetrante aroma de la flor de la acacia, y Sevilla, la encantadora ciudad del Bétis, la única en las glorias, extremada en las riquezas, favorecida de las artes, se engalanaba para celebrar sus fiestas y recibir sus huéspedes.

Todo era animación y alegría. La corte había anunciado su visita; los festejos iban á sobrepujar á los de otros años; los pedidos de habitaciones aumentaban, y poseer un cuartito en Sevilla era sueño de lady, ambición de lord, deseo que sólo podían realizar los favoritos de la fortuna.

Con el sol de la primavera brillaba el sol de la esperanza, dando aliciente á la alegría.

Un día, Sevilla lo recordará siempre con pesar, se interrumpió esta ventura. Era el 31 del pasado Marzo; el trueno zumbó con terrible estrépito; el granizo cayó azotando con furia la ciudad; brilló el relámpago con destellos de ira; un viento huracanado zumbaba incesantemente, y aguaceros torrenciales caían sin cesar, siendo tristes mensajeros de males y agentes funestísimos de la desdicha.

El Guadalquivir perdió su hermoso y legendario aspecto de río de la poesía y de la belleza; sus aguas se enturbiaron; parecía que hervía la cólera en su seno, que se hinchaba amenazador é imponente, y rugiendo, devastando, se precipitó por debajo del puente de Triana, rebasó los muelles, cubrió la plataforma de los tinglados, y llegó hasta la verja de los paseos.

A la hora del mediodía de aquel tan funesto, las aguas se elevaban seis metros sobre su nivel ordinario. La inundación era un triste y desgarrador hecho.

Por la Alameda de Hércules, por las calles del Conde de Barajas, Palma, Trajano, Gravina, Armas, San Pablo, Zaragoza, Puerta Real y de Triana, era ya preciso andar en lanchas, balsas y borriquetes.

En las afueras, el agua se extendía por los prados de San Sebastian y Santa Justa; la huerta de los Muertos se cubría como de negro sudario; las más bellas posesiones se convertían en una isla; la inmensa vega de Triana era un lago, y los ríos corrían por las alcantarillas del ferrocarril y por la carretera de Extremadura, en imponente masa, buscando la madre vieja.

La noche extendió imponente su velo de sombras, envolviendo á la ciudad, angustiada y sobrecogida. En los hogares se encendieron luces delante de las imágenes; los ancianos evocaban el recuerdo de las pasadas inundaciones; los más amenazados huían del inminente peligro; se comenzaban á adoptar precauciones; la veleta, con irritante pertinacia, señalaba el S. O.; la lluvia continuaba. Tal fué el prólogo, ó más bien la primera página de la catástrofe.

II.

¡Qué tristemente comenzó para Sevilla el mes en que se habían fundado tantas esperanzas, el que otras veces llega coronado de dichas y sonrisas, el como ninguno hermoso en la capital de Andalucía: el mes de Abril.

No traía, como siempre, flores y perfumes, sino estragos y tristezas. La inundación subía. No hay nada más triste que contemplar esas aguas turbias, cenagosas, que suben imponentemente invadiendo las calles; lamen primero los cimientos de las casas; suben y suben luego como el mal, que va desde los pies al corazón; la vivienda va desapareciendo como devorada por un monstruo que le arranca las entrañas.

Por las calles, convertidas en arroyos, por las

plazas, en lagos, surcan barcas que tropiezan con muebles que flotan sobre las aguas, con troncos de árboles que arrastra la corriente; el hambre, la desolación, el hogar perdido, la miseria, siguen como obligado cortejo al desbordado elemento, y todo es ruina y estrago.

No vamos á seguir paso á paso todos los detalles de la inundación, tarea que ha desempeñado la prensa diaria, y sobre todo la local, que, sin distinción de partidos, ha prestado esta vez señaladísimos servicios. Vamos á apuntar solamente algunos episodios.

El temporal continuaba arreciando; en vano se miraba al cielo en busca de un rayo de sol; el sol, el amante cariñoso de Sevilla, el que inundó de luz espléndida los cuadros de sus pintores, y dió calor y animación á los versos de sus poetas; el sol parecía que había huido para siempre, y en cambio, caía terrible é impetuosa el agua.

Para que la calamidad fuese completa, si faltó de día el sol de la naturaleza, faltó por la noche el auxiliar con que le reemplaza la civilización, el gas. La población tuvo que ser alumbrada por aceite.

Cuando el triste estado de Sevilla se conoció en España, se expresó la angustia, y en seguida sucedió al dolor el anhelo de procurar socorro. Al Gobierno correspondía acudir eficazmente en auxilio, y no vaciló. Lo grande del mal exigía extraordinarios remedios, y en Consejo de Ministros se acordó que fuera el de Fomento á la ciudad inundada.

La misma tarde en que se tomó el acuerdo partía el Sr. Albareda; el Rey le había dado su oro; la Reina y las Infantas sus dones; el Gobierno su confianza; la opinión pública su concurso; no puede con mejores condiciones emprenderse un viaje.

Como cuanto dijéramos respecto á la estancia del Sr. Albareda en Sevilla pudiera parecer en EL CAMPO interesado, nos referirémos á la prensa local, y especialmente á *La Andalucía*, que se halla en ideas políticas alejada del actual Ministro de Fomento.

Bien es verdad que en esta ocasión la política ha desaparecido momentáneamente de Sevilla y no ha habido más que sevillanos.

Los separados por las luchas de los partidos se unían por el afecto común: la patria. Aún en las grandes ocasiones presenta nuestro país nobles ejemplos, que demuestran que no son del todo ciertas las exageraciones del pesimismo.

Hemos oído referir al Sr. Albareda los episodios de su viaje, y le hemos oído contar cómo ha experimentado en esta ocasión una de las más grandes emociones de su vida. Y se comprende; el alma se une íntimamente á los sitios donde se pasan los años felices de los albores de la vida. La iglesia donde rezamos de niño al lado de nuestra madre las primeras oraciones; la escuela donde se abrió al estudio nuestra inteligencia, y á los afectos puros de la amistad nuestro corazón; los sitios donde sentimos nuestros primeros amores, y donde corrimos nuestras primeras aventuras, forman lazos indisolubles, que no se rompen nunca. Podrá venir el tiempo trayendo mudanzas y cambios de fortuna, pero no borrará esas huellas. Pues bien; comprendase la angustia y el dolor que se sienten al ver todos esos lugares queridos amenazados, y la satisfacción que se puede experimentar corriendo en su auxilio.

Mejor que en nuestra narración, pueden apreciarse los sentimientos de los sevillanos en la siguiente crónica de la sesión extraordinaria del Ayuntamiento, tomada de la *Andalucía*:

«Anunciada por el señor ministro de Fomento su visita al Municipio para la noche de anteayer, en la misma celebró sesión extraordinaria la Cor-

poración municipal, con el objeto de recibir á dicho señor, habiendo asistido los concejales Sres. Pellón, presidente; Ibarra, Bilbao, Laborda, Ledesma, Romero Sarmiento, Alonso y Loza, Herrera, Monti, Valle, Molina, Pastor, Sanchez Bedoya, Montero, Canavachuelo, Muñoz (D. Enrique), Luque, Perez Mateos y Zamora.

»A las nueve próximamente se presentó en la Sala Capitular el Sr. Albareda acompañado del señor Alcalde, el cual le cedió galantemente el puesto presidencial.

»El señor ministro de Fomento, á continuación, dirigió la palabra al Cabildo, pronunciando un elocuente y sentido discurso, que fué escuchado con suma complacencia por los concurrentes.

»Comenzó haciendo constar que ni aun en su calidad de Ministro tenía derecho alguno para ocupar el puesto en que se hallaba merced á la benevolencia de los señores concejales; manifestó su profunda gratitud á la Corporación municipal por la alta honra que le había dispensado nombrándole hijo adoptivo de Sevilla, añadiendo, con este motivo, que si las amarguras y sinsabores que proporcionan las veledades de la vida pública encuentran á las veces compensaciones, todas las experimentadas por él en su larga vida política hallaban la mayor al recibir el honor con que el Municipio de Sevilla le había distinguido; encareció el celo y actividad desplegado por el Ayuntamiento, autoridades y corporaciones todas de Sevilla en la presente calamidad, cuyas acertadas medidas y patrióticas resoluciones para contrarrestar sus terribles efectos, ora atendiendo á las imperiosas exigencias del momento, ora iniciando las más importantes reformas para impedir en el porvenir que pesen sobre Sevilla las desgracias que hoy experimenta, merecían, dijo, la gratitud del jefe del Estado y el reconocimiento más sincero del Gobierno. Despues de congratularse de que su presencia en Sevilla fuese innecesaria, dada la laudable conducta de las autoridades que á todo atienden, todo lo disponen sin reparar en obstáculos y sin que lleguen á arredrarles los mayores inconvenientes, rivalizando en generosidad y eficacia, en abnegación y celo, expresó su alegría por hallarse próximo el momento en que cesen tantos sacrificios, si, como había empezado á presentarse, continuaba ya benévola la naturaleza.

»En un brillante período que lamentamos no poder reproducir íntegro, ofreció dedicar toda su iniciativa y actividad, así como realizar cuantos sacrificios se le exijan, para contribuir á que en lo sucesivo no experimente nuestro pueblo conflictos como los que hoy padece, añadiendo que lo inducían á hacer la expresada oferta, primero, los deseos que sustenta el Rey; segundo, los propósitos que animan al Gobierno, y tercero, el inmenso amor que profesa á nuestra hermosa ciudad, donde «recuerdo siempre con satisfacción, dijo, que empecé á cultivar mi inteligencia, por desgracia, señores, bastante ruda aún.»

«Al alejarme de vuestro lado, continuó diciendo el señor Albareda, llevo la alegría del agradecimiento, la esperanza de que en un plazo no lejano hemos de ver á esta querida ciudad libre de los males que la afligen, y el indecible contento que da á los gobiernos representativos, de los cuales son base esencial los municipios, el tener un Ayuntamiento tan digno, tan celoso del bien del pueblo, tan respetuoso con los poderes del Estado, y tan acreedor á la estimación general, como el de la ilustre Sevilla.» El Sr. Albareda concluyó manifestando su sincera gratitud á todos los señores concejales, sin diferencia de ideas ni opiniones, de la manera más expresiva, y excitó á todos para que, unidos, olvidando los intereses de partido que los separan en la vida política, coadyuven con la voluntad más firme y el deseo más constante á

la prosperidad de nuestra hermosa Sevilla, tan querida y celebrada del mundo entero.

Antes de concluir en el uso de la palabra el señor Albareda, ofreció, con la más delicada cortesía, á los individuos de la Corporación municipal su amistad y consideración, diciendo que únicamente le restaba manifestar el vivísimo deseo que sentía de que llegaran á presentarse repetidas ocasiones en que poder demostrar la sinceridad de la oferta que acababa de hacer.

»El Sr. Pellón, en nombre del Municipio, dirigió breves frases al señor ministro de Fomento, diciendo que, á su elocuente discurso, sólo podía contestar haciéndole presente el agradecimiento

profundo que hoy tiene Sevilla hacia él por su laudable conducta al venir á esta ciudad cuando los males la afligen y la más terrible calamidad la combaten, á contrarrestar aquéllos y á combatir ésta con sus generosos auxilios y su reconocida inteligencia; añadiendo que no podría expresarle la honra que proporcionaba al Ayuntamiento con su visita, porque en aquellos momentos faltaba á su palabra para manifestar sus ideas lo que sobraba al corazón para latir á impulsos de la más profunda gratitud.

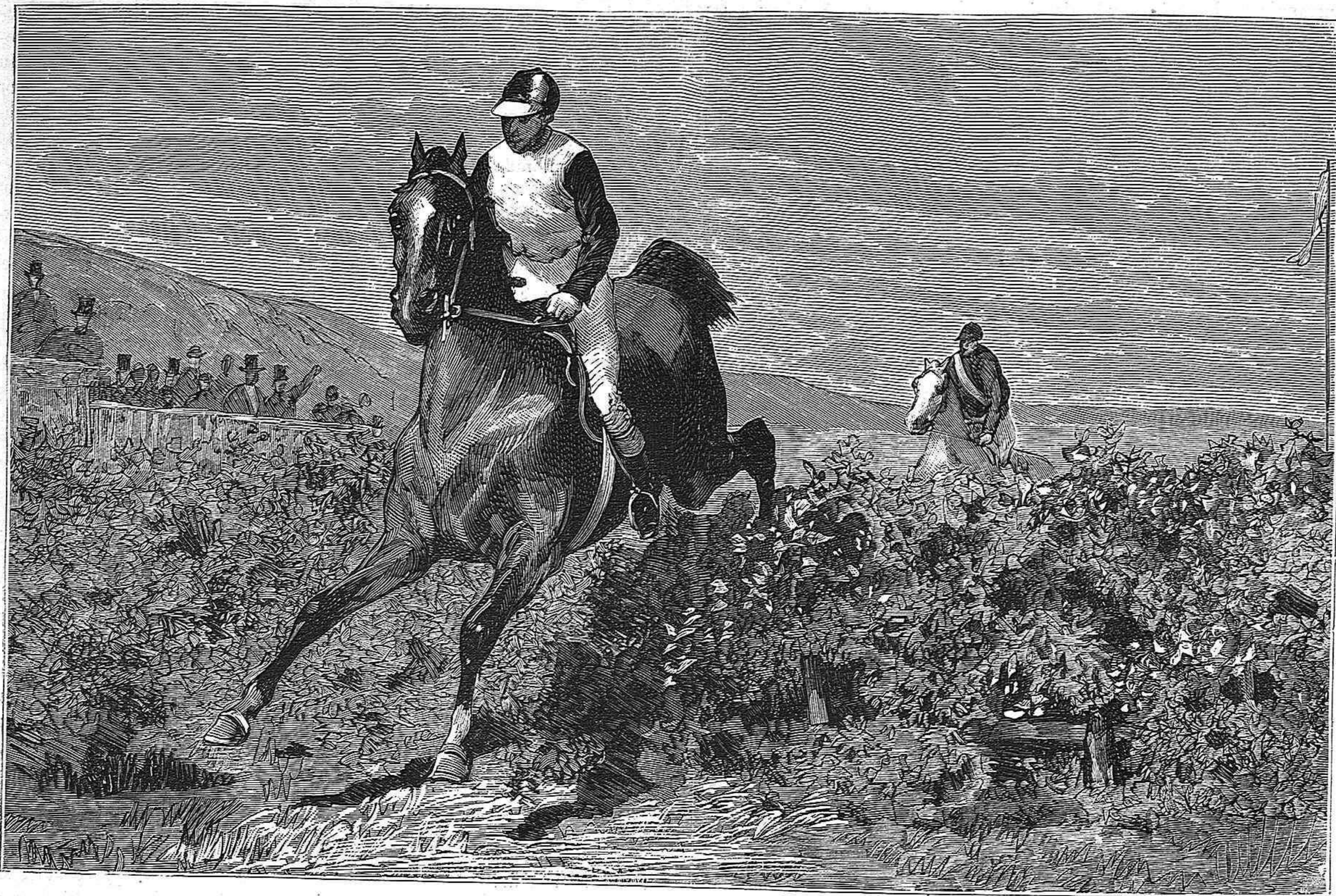
»Seguidamente retiróse de la Sala capitular el Sr. Albareda, levantándose la sesión.»

Las dimensiones que va tomando este artículo, y

los muchos datos que tenemos para apreciar los daños que ha experimentado, y los socorros que ha recibido Sevilla, así como los medios de prevenir las inundaciones, nos obligan á suspenderlo hasta el número próximo.

LAS CARRERAS.

El origen de las carreras debe ser casi tan antiguo como el uso del caballo; parece inseparable, siendo la principal cualidad de éste correr rápidamente una distancia más ó menos larga. Desde



CARRERAS DE OBSTÁCULOS.

que se encontraron dos hombres á caballo, uno al lado del otro, debió ocurrírseles la idea de saber cuál de los dos llegaría primero á un sitio determinado. Por primitivo que pueda parecer hoy el principio de una institución que ha llegado á ocupar tan gran lugar en la vida moderna, no puede señalársele otro punto de partida.

La carrera, considerada aisladamente, puede, pues, hoy, como ántes, definirse así. Convenida una distancia determinada, un objeto fijo señalado y un punto de partida común, saber cuál de los concurrentes llegará primero. Todas estas condiciones son indispensables para que una carrera tenga el carácter de una prueba real. No se puede dar este nombre á la lucha de dos jinetes, partiendo á la ventura, hasta que uno de ellos adelante al otro.

Es preciso que la distancia se determine ántes, para que cada concurrente pueda arreglar el paso de su caballo según el largo del camino que debe recorrer; que el objeto se fije, á fin de que, sabiendo donde termina la carrera, puedan obligar á sus caballos á hacer grandes esfuerzos en el mo-

mento oportuno; en fin, el punto de partida debe ser común para que las condiciones sean iguales.

La organización de las carreras en la antigüedad debía tener alguna cosa parecida, puesto que las relaciones de los juegos olímpicos y de las justas del circo romano contienen carreras de carros, presentando una especie de carácter regular; pero nada bien precisado de esto ha llegado hasta nosotros. Sobre todo, es imposible fijar la época en que las carreras se erigieron en doctrina y se aplicaron al fomento y mejora de la raza caballar. Los árabes parecen ser los primeros en comprender que para llegar á la destinación á que habían apropiado sus caballos era necesaria cierta preparación. Además, es incontestable que hacen sufrir á sus caballos pruebas bien duras para asegurarse de su cualidad, y que los que salen bien de estos ensayos son los más estimados como reproductores. Entre los árabes se encuentran todos los elementos del arte de preparación en estado rudimentario, pero mucho más severo, bajo cierto punto de vista, que el adoptado entre nosotros.

Los árabes, al menos por lo que nos es permi-

tido deducir de las relaciones que nos llegan, necesariamente muy amplificadas y desnaturalizadas sobre su modo de obrar en este asunto, se preocupan poco del peso y de su influencia sobre la velocidad y duración del caballo. Como todos los procedimientos empleados en Oriente se transmiten por tradición, no es posible tener una convicción justificada. Sin embargo, debemos creer que las carreras, al menos tales como las comprendemos, no han tenido nunca una organización bien observada en Oriente.

Como, sea en la guerra, sea en largos y penosos viajes, su existencia depende frecuentemente de las cualidades de sus caballos, han comprendido la necesidad de probarlos, para no servirse sino de aquellos capaces de hacer lo que ellos tengan necesidad de pedirles. Han llegado así á una selección severa, es decir, á desechar los medianos y sólo guardar aquellos cuyas cualidades les inspiran confianza, y de ahí el no usar como reproductores, machos y hembras que á estos últimos. Su raza ha llegado rápidamente á un grado de perfección que, aparte del origen, le augura

una superioridad emiriente sobre todas las conocidas. El principio sobre que están fundadas las carreras es el mismo, y el resultado obtenido en Europa, absolutamente idéntico.

Las carreras son llanas (*plate*) ó de obstáculos. Antes, éstas últimas eran el accesorio casi obligado de un programa, y terminaban siempre con ellas las carreras como para romper la monotonía de un espectáculo uniforme, pues el público sentía más interés por la acción de saltar y por las emociones que pueden resultar de los accidentes que se producen frecuentemente en las luchas de esta naturaleza.

Los *steeple-chases* han ido poco á poco reemplazando á las carreras de obstáculos, y ofrecen al público un atractivo y emociones más reales y multiplicadas.

Las carreras de obstáculos son un término medio entre las llanas y el *steeple-chase*. Se da el nombre genérico de obstáculos á dificultades naturales ó artificiales colocadas en el hipódromo. Estos pueden ser simples ó compuestos; de los primeros, el foso, la valla, la barrera, el muro; de los segundos, la doble barrera; es decir, dos barreras fijas colocadas una cerca de la otra, y quedando entre ellas el intervalo del largo de un caballo, de manera que, saltada la primera, pueda, después de tocar en el suelo, saltar la segunda y la valla precedida de un foso.

El número de obstáculos varía según la distancia. Los concurrentes deben saltarlos todos integralmente y sin excepción, so pena de ser descalificados.

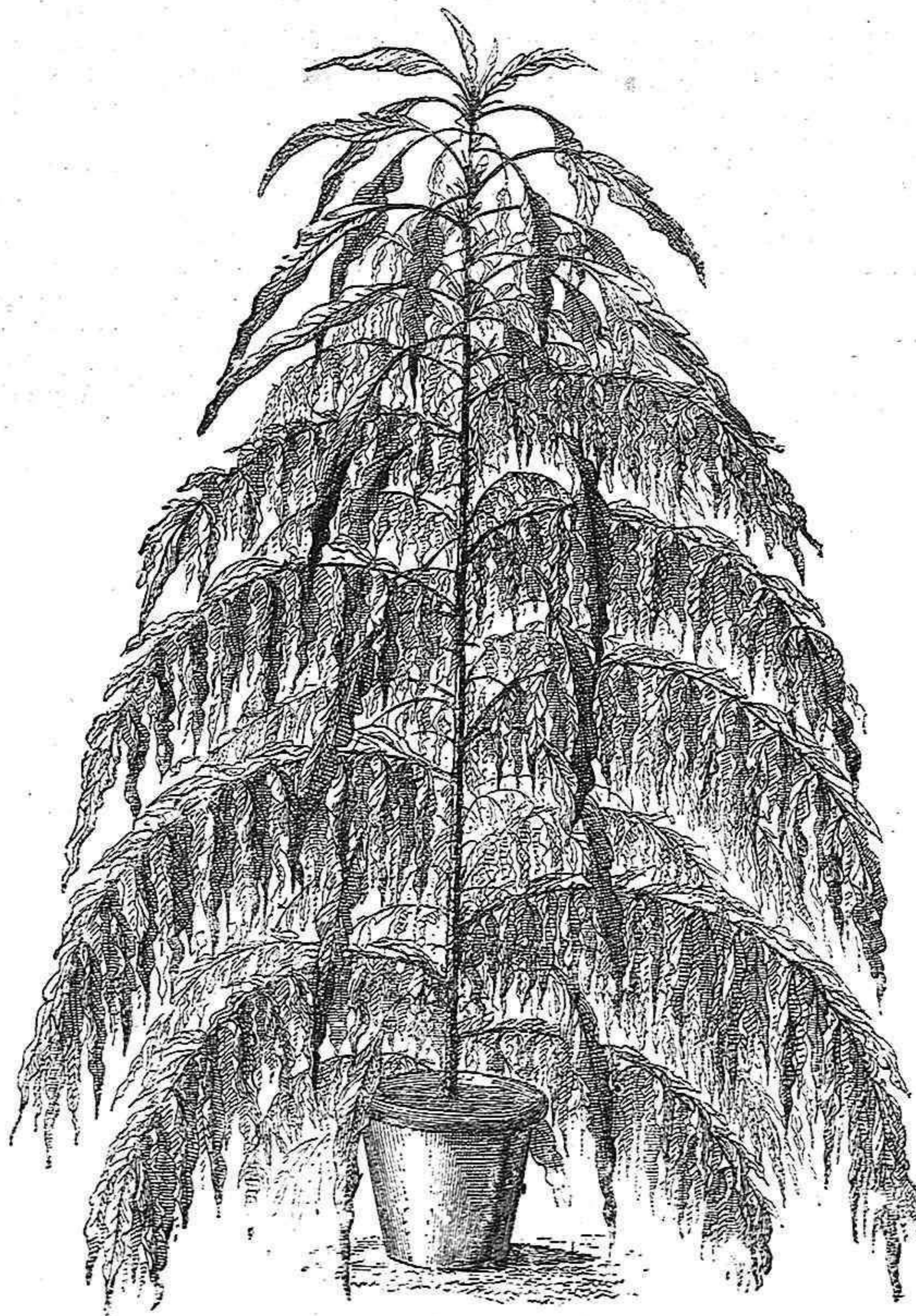
Un caballo de carreras de obstáculos no llega siempre á ser un *steeple-chaser*. Así es que se empieza á renunciar á estas clases de pruebas, que presentan graves peligros para los jinetes. Una caída al saltar una valla suele ser peligrosa, en razón de la velocidad y del terreno casi siempre más duro que el de un *steeple-chase*, y sobre todo, por la aglomeración de concurrentes en el momento del salto, que lo verifican de frente y juntos, en un espacio reducido.

La distancia de una carrera de saltos es generalmente de 2.200 metros, ó una vuelta al hipódromo, cualquiera que sea su largo, y una distancia más, ó sea 100 á 150 metros. Como el punto de llegada está siempre delante de las tribunas, esta adición de distancia permite colocar allí una valla que los concurrentes saltan dos veces, á la salida y á la llegada. Cuando la meta está colocada de manera que esta valla sea el objeto final, se la quita después del paso de los caballos para dejarles la facultad de terminar la carrera en terreno llano.

Hoy no hay suficiente número de carreras de saltos para que un caballo pueda como antes remunerar suficientemente á su propietario recibiendo esta exclusiva destinación; así, suelen tomar parte en ellas los caballos de *steeple-chase* que conservan aún cierta rapidez, ó los principiantes que atraviesan transitoriamente esta fase intermedia.



CELOSÍA PYRAMIDALIS.



AMARANTUS HENDERI.

LA CELOSÍA PYRAMIDALIS Y EL AMARANTUS HENDERI.

Pertenecen ambas plantas á la familia de las *Amarantáceas*, son anuales y de un cultivo sumamente fácil, especialmente en el Mediodía de Europa. Sin embargo, para obtenerlas con el grado de belleza que representan nuestros dibujos, es preciso tributarles algunos cuidados inteligentes, como son: sembrarlas en Febrero ó Marzo, sobre cama caliente y debajo de un bastidor acristado; trasplantarlas muy pequeñas del semillero á otro sitio que reúna las mismas condiciones, dejando entre ellas el espacio suficiente para que puedan desarrollarse hasta Mayo; de otro modo sería necesario trasplantarlas una segunda vez debajo de un bastidor con ó sin cama caliente. Pasadas las escarchas, pueden plantarse en el suelo ó ponerse en tiestos.

Raramente vemos las *Amarantáceas* muy bellas en nuestros jardines, porque se las abandona á la vegetación casi espontánea, y sobre todo, se las siembra demasiado espesas en el semillero, y después no se trasplantan en tiempo oportuno, bajo el pretexto que son poco delicadas. Es cierto que cualesquiera que sean las circunstancias que las rodean, vegetan y no mueren; pero ¿quién podría reconocer en ellas las hermosas plantas que reproducen nuestros grabados?

Las *Amarantáceas*, las unas por su colorado y vistoso follaje, las otras, por sus brillantes y bellas flores, todas por la facilidad de su cultivo y la rapidez de su desarrollo, facilitan al aficionado inteligente preciosos recursos para la decoración de los jardines, y hasta de las habitaciones, cultivándolas en tiestos.

El número de especies y de variedades hoy conocidas en Europa es considerable y cada día surgen otras nuevas. El *Amarantus Henderi* es uno de los más modernos. Lo creemos oriundo de Filipinas, como el *A. Salicifolius*, de que nos hemos ocupado ya en otro número.

E. M.

PROTECCION PARA LOS PÁJAROS.

EL CAMPO publicó hace algunos años (1) una serie de artículos encaminados á difundir los conocimientos necesarios para distinguir á las aves y pájaros útiles á la Agricultura, y á excitar el celo de las autoridades rurales y de los agricultores en favor de la conservación de tan poderosos auxiliares.

Pero esta excitación individual, que venía á repetir en diversa forma y con mayor extensión otras que en varias ocasiones se habían hecho y se han seguido haciendo en libros y en publicaciones periódicas, puede decirse que no ha salido de la esfera de las teorías, si bien los gobiernos han procurado hacerla salvar estos límites, y llevar tan provechosos esfuerzos al terreno de la práctica, aunque indirectamente, por medio de circulares sobre la Veda por ejemplo. De la última, expedida por el actual Ministro de la Gobernación, nos

(1) Año II, número 22 y siguientes.

hemos ocupado en el anterior número de esta Revista. En este notable documento se trata de la conservación de los nidos, cuya destrucción alcanza una cifra que asusta á quien pára mientes en las consecuencias que acarrea tan absurdo é improductivo vandalismo. Pero la acción oficial, cuando no es secundada por la iniciativa individual y cuando ésta no se inspira en sus verdaderos intereses, tiene escaso alcance. En todos tiempos y en todas partes se ha clamado en demanda de protección para los pájaros en general, sobre todo en el extranjero. En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Holanda, en los Estados-Unidos se atiende con especial esmero á esta cruzada civilizadora, y en algunos de esos países raro es el año en el cual no entiendan las Cámaras de Diputados en alguna adición ó modificación de las leyes sobre caza y sobre conservación de animales útiles. No hace mucho que en el Senado francés se presentó una petición solicitando que se impusiera una contribución de 50 céntimos de franco sobre cada pájaro enjaulado. Poco despues, el Ministro de Instrucción Pública dirigió una circular á los prefectos recomendándoles instasen á los maestros de Instrucción primaria á enseñar en ellas el respeto que deben merecer á los niños los nidos de las aves todas. «Es preciso, decía, que los maestros hagan comprender á sus discípulos que atentan contra los mismos intereses de sus padres destruyendo los nidos, y que, al hacerlo, demuestran tanta imprevisión como ingratitud, y que se exponen á severos castigos. Los maestros deberán recordar á los padres de sus alumnos que no sólo se perjudican á sí propios al consentir que sus hijos destruyan los nidos, sino que son asimismo responsables de los delitos que aquéllos cometen bajo el punto de vista de la destrucción de los animales útiles.»

Otro Ministro, el de Agricultura, tuvo el buen acuerdo de hacer fijar en todas las casas municipales de Francia el siguiente bando:

«Este bando se pone bajo el amparo del sentido común y de la honradez del público.

» *El erizo.* Se mantiene de ratas, roedores pequeños, insectos, babosas ó limazas y gusanos blancos, animales todos perjudiciales á la Agricultura.—*No mateis al erizo.*

» *El sapo.* Es un auxiliar agrícola.—*No mateis al sapo.*

» *El topo.* Destruye sin descanso el gusano blanco, las larvas é insectos perjudiciales á todo cultivo.—*No mateis al topo.*

» Los *abejorros* y los *saltones* son mortales enemigos de la Agricultura; ponen de 70 á 100 huevos.—*Mataid á los abejorros y á los saltones.*

» *Los pájaros.* Cada provincia pierde al año muchos millones por los estragos que causan los insectos. El pájaro es el único enemigo capaz de combatirlos con éxito; es el que mejor limpia las cortezas de los árboles de los insectos que los atacan y de sus huevos; es un auxiliar de la Agricultura.—*Niños, no destruyais los nidos de los pájaros.*»

Compendioso é incompleto como era este bando, produjo muy buenos efectos, sugiriendo la formación de asociaciones, cuyo objeto era fomentar la afición á la protección de los animales útiles al agricultor, y en especial á los nidos de pájaros.

El alcalde de Frigneville, pueblo de los Vosgos, fundó en su escuela una Asociación de niños con el referido objeto, á la cual dió los siguientes estatutos:

«Artículo 1.º Los actuales y los anteriores alumnos de la escuela de Frigneville constituyen una Asociación cuyo objeto es proteger todos los nidos de pájaros que se encuentran en los alrededores del pueblo ó en los campos vecinos.

» Art. 2.º Se encargará la vigilancia á tres alumnos designados por el maestro cada semana, los

cuales darán cuenta exacta é imparcial de esta comisión de confianza.

» Art. 3.º El alumno que mate pájaros ó robe nidos con huevos será inscrito en el cuadro de la vergüenza, mientras que el que los haya respetado habiéndolos descubierto, verá su nombre en el cuadro de honor.»

Este ejemplo fué seguido con gran éxito en otros puntos, teniéndose noticia de que en algunos de éstos, como Suillac de Tulle, el maestro ha logrado, no sólo que sus alumnos no hagan daño á los nidos, sino que auxilién á los pajarillos llevándoles insectos que cazan con este objeto. Durante el año 1872 mataron 51.136 abejorros.

En España reinan aún por desgracia mil preocupaciones contra los pájaros en general y contra multitud de animales utilísimos al agricultor. Está muy léjos de desterrarse la manía contra los gorriones y todo pájaro en los jardines, huertos y campos de trigo, y en algunas comarcas tiene esta deplorable preocupación tan fatales consecuencias, que alcanzan al arbolado, proscrito, porque se supone que atrayendo á los pájaros y comiéndose éstos el grano,—como si todos fuesen granívoros, y como si aún los que lo son no produjesen muchos mayores beneficios que daños,—no se deben plantar árboles, porque no vengan pájaros.

Tócale á Cataluña la gloria de haber empezado á desterrar tan perjudicial é ignorante rutina. Siguiendo el ejemplo de la vecina Francia, donde en la mayor parte de las escuelas rurales de primeras letras existen ya sociedades infantiles para la protección de nidos y de pájaros, entre las cuales debemos citar la de Vialan, en el Tarne, que desde Mayo á Julio últimos ha conservado 305 nidos, que representan 1.902 pájaros; el cura de Mollet del Vallés, reverendo mossen Vicente M. Triadó, y D. Vicente Plantada y Fonolleda organizaron una de esas sociedades, que lleva ya salvadas las crías de dos años consecutivos, y prosigue su civilizadora propaganda con un celo y un éxito dignos del mayor encomio y de la protección de todas las personas ilustradas.

El citado Sr. Plantada, veterinario de 2.ª clase y maestro superior, no se ha contentado con eso, y ha publicado el año último un librito titulado *Algunos amigos íntimos del agricultor*, en el cual, en lenguaje y formas adecuadas á las tiernas inteligencias á las cuales lo dedica, describe multitud de pájaros, reptiles y otros animales útiles á la Agricultura, exponiendo los servicios que prestan y sus costumbres, y procurando inculcar con ejemplos y narración de casos particulares el convencimiento de la buena obra que puedan hacer protegiendo á esos seres, que por ignorancia y por culpable pasatiempo son perseguidos y destruidos en todas partes.

El Gobierno actual ha empezado á demostrar verdadero celo por la conservación de la caza. ¿No es tanto, si no más digna de su consideración y amparo, la protección á los pájaros y animales útiles á la Agricultura, inspirada en móviles aún más levantados y trascendentales que los que han inspirado la ley de Caza y la circular sobre la Veda?

España se encuentra en este punto muy atrasada, y el Gobierno puede remediar su atraso haciendo, por su parte, algo, si no todo, lo que los de las naciones extranjeras llevan hecho y prosiguen sin descanso, secundado con las asociaciones protectoras de los animales y plantas, sobre todo si saliendo éstas de ese tímido retraimiento que tiene circunscrita su esfera de acción á las tapias de Madrid y á las de algunas otras ciudades (1), procuran difundir su activa propaganda por las

(1) No tenemos noticia de que haya asociaciones de este género en España más que en Madrid, Cádiz, Sevilla, Barcelona y Soria.

poblaciones rurales, que son las que más necesitan de ella, logrando que imiten al pueblo de Mollet del Vallés.

Para terminar, reproduciremos uno de los capítulos del librito que hemos mencionado, para que el lector se forme una idea de lo sencillo y práctico que es.

ABUBILLA.—A mediados de Marzo, cuando la suave temperatura que el crepúsculo primaveral irradia por la superficie de nuestro suelo, la vegetación parece despertar del sueño invernal, abriendo poco á poco sus yemas y botones, se ven también salir de sus madrigueras varios seres animados de más ó menos extrañas formas, por ejemplo, la tortuga, el lagarto, la serpiente, el sapo, el caracol, etc. Nacen de sus huevos la mayoría de insectos que bajo diferentes formas, colores y costumbres pululan por los aires y suelo: y para dar más animación á la Naturaleza y alegría al hombre, llegan las aves emigrantes á extasiarnos con sus cantos y gorjeos y con la variedad de sus plumajes, admirándonos su destreza en la construcción de nidos y su solicitud hácia sus hijuelos.

Una de estas aves, al llegar y al saludar con su grito especial su nueva patria, hace levantar de improviso la cabeza del agricultor que está regando el suelo con el sudor de su rostro. Es la abubilla, que acaba de efectuar un largo viaje; no viene sola, le acompaña también su hembra, con la cual le unió un amor casto como el de la paloma.

Si con nuestras miradas vamos siguiendo á una de estas parejas, la vemos volando hasta llegar al tejado de la granja, entre cuyas tejas depositaron sus huevos el último año, ó tal vez ellas nacieron. ¡Y cosa admirable! de pronto las veréis reposarse sobre el más alto pináculo del edificio, bajarse luego hasta encima de su portal y con un gracioso gesto, que no sabría imitar el más urbano colegial, parecen saludar al dueño, á su esposa y demás familia y criados; y prorumpiendo en un «u—u—u—ut? u—u—u—ut? u—u—u—ut?» dirían que les preguntan: «¿cómo va vuestra salud? y al haberles correspondido toda la familia con una amable sonrisa, ellas, satisfechas, al parecer, y ufanas, recorren todo el tejado, escudriñando donde han de sentar su vivienda, que luego será convertida en amoroso lecho. Desde allí, en pocos vistazos, descubrirán los depósitos que para su alimentación almacenó la Naturaleza, y pronto se verán prensados en su pico la multitud de insectos que les son tan agradables como son perjudiciales á la vegetación.

Sabido es de todo aquel que disfruta de la vida del campo que el grillo-talpa es el insecto que más perjuicios causa á la agricultura, y sobre todo, en las plantas tuberculosas. ¿Qué agricultor no le ha maldito mil veces? Todo lo destroza; y en vano el labrador se afanaría á labrar la tierra, si Dios en su admirable providencia no le hubiere dado un amigo vigilante y centinela fiel. La abubilla, pues, no da cuartel al grillo-talpa; de él se nutre, con él alimenta á sus pequeñuelos, como lo demuestran los restos de aquel animalejo que se encuentran en los nidos.

Voy á citar un ejemplo solo, entre los varios que podría describir sobre el particular. Pasaba un día el que estas líneas escribe por un sendero, y á unos cincuenta pasos de distancia, y á tres del indicado sendero, observé á una abubilla de pié, bajada la cabeza; parecía dormir. A pesar de que los perros pasaban por su lado, no se movía, lo que llamó en alto grado mi atención y la de mis compañeros, motivando que nos pusieramos en acecho y en observación. Pocos minutos bastaron para que quedara explicado el enigma. De pronto, levantando la cabeza y bajándola otra vez, con toda su fuerza clava el pico en el suelo; hace otro movimiento de tracción hácia fuera, y arrancando un largo grillo-talpa de su agujero, cargado de su presa, desaparece batiendo ligeramente sus alas.

Los espectadores de esta escena exclamamos á un tiempo: «¡Oh! ¡cuán útil ave es la abubilla! Quien la pudiera observar, ¿la destruiría?»

Por mi parte confieso mi pecado: antes de presenciar este hecho había perseguido á la abubilla; pero desde entonces, en todas las ocasiones oportunas, me intereso por ella para que no le hagan el menor daño.

Es además exclusivamente insectívora; es decir, que no toca para alimentarse á ningún vegetal, circunstancia preciosa que debe hacérsela amar.

CONGRESO DE AGRICULTORES Y GANADEROS.

La Asociación de Ingenieros Agrónomos, cuyo celo por el progreso de la Agricultura y ganadería es tan notorio, ha acordado celebrar este año un segundo congreso, cuyas sesiones durarán desde el 14 al 24 de Mayo próximo.

Nuestros lectores recordarán la importancia que tuvo el celebrado el año anterior, no sólo por la importancia de los

Sr. D. Fernando Heredia.—12—10—10—10.
 6.^a Piña.—Cada uno á su distancia.—En 1 pichon,
 14 tiradores:
 Sr. D. Fernando Soriano.—1—111.—G., á 27 metros.
 S. M. el Rey.—1—10, á 25 metros.
 Tomaron tambien parte en estas piñas los Sres. Baron
 Schenk, D. Ricardo Valderrama, D. Francisco Lopez Ba-
 yo, D. Santiago Udaeta, Conde de Gomar, D. Antonio So-
 riano, D. Juan Ibarra, Vizconde de la Torre de Luzon, y
 Don Tomás Gana.
 La tirada terminó á las siete.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena
 de 1,25 á 1,36 pesetas kilo. El pan de dos libras, de 40 á
 47 céntimos de peseta. El carbon, á 0,15 kilógramo. El

aceite, de 13 á 14 pesetas decálitro. El vino, de 4,55 á 6,93
 decálitro. El trigo, á 22,16 el hectólitro. Y la cebada, á
 8,88 el hectólitro.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

I.
 P e r a l
 e n e r o
 r e g a r
 a r a d o
 l o r o s

Para dar la solucion en el próximo número.

CUADRADO.

I.

- 1.^a Animal cuadrúpedo.
- 2.^a Nombre poético de uno de los rios de España.
- 3.^a Sitio para encerrar ganado.
- 4.^a Parte de tierra próxima al mar.
- 5.^a Pueblo de Soria.

PROPIETARIO,
 D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
 (sucesores de Rivadeneyra),
 IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

COMPañIA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID A ZARAGOZA Y A ALICANTE.

SERVICIO DE TRENES.

Línea de Madrid á Alicante.

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	CORREO.
	M.	T.	N.	M.	T.
Madrid. salida..	7.00	5.00	8.15	10.00	7.35
Alcázar.. . . . llegada.	12.28		12.45	3.31	12.05
Chinchilla.. . . . llegada.			5.17	9.51	
La Encina.. . . . llegada.			7.51	1.11	
Alicante. llegada.			10.50	4.45	
			M.	M.	

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	CORREO.
			T.	N.	
Alicante. salida..			1.50	9.00	
La Encina.. . . . llegada.			4.41	12.42	
Chinchilla.. . . . llegada.			7.56	4.36	N.
Alcázar.. . . . llegada.	3.48		12.13	11.56	12.35
Madrid.. . . . llegada.	9.35	8.05	5.15	5.55	6.00
	N.	M.	M.	T.	M.

Línea de Cartagena.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
	M.	N.	
Madrid. salida..	10.00	8.15	
Chinchilla.. . . . llegada.	9.51	5.17	
Murcia. llegada.	5.30	10.37	
Cartagena.. . . . llegada.	8.55	12.55	6.45
	M.	T.	N.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
	T.	M.	M.
Cartagena.. . . . salida..	5.00	11.25	7.00
Murcia. llegada.	7.48	1.37	9.50
Chinchilla.. . . . llegada.	4.25	7.25	
Madrid.. . . . salida..	5.18	8.06	
	5.55	5.15	
	T.	M.	

Línea de Zaragoza.

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
	M.	M.	N.	T.
Madrid. salida..	7.05	11.00	7.30	4.35
Guadalajara.. . . . llegada.	9.06	1.15	9.10	6.40
Guadalajara.. . . . salida..	9.16		9.15	
Sigüenza.. . . . llegada.	12.26		11.37	
Alhama. llegada.	3.40		2.07	
Calatayud. llegada.	4.40		2.59	
Zaragoza.. . . . llegada..	8.20		6.05	
	N.		M.	

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
	N.		N.	
Zaragoza.. . . . salida..	7.00		9.10	
Calatayud. llegada.	10.00		12.21	
Calatayud. llegada.	12.38		1.15	
Alhama. llegada.	4.22		3.48	
Sigüenza.. . . . llegada.	7.21		6.08	
Guadalajara.. . . . salida..	5.12	T.	6.13	M.
Madrid.. . . . llegada.	9.50	7.25	7.55	9.00
	N.	N.	M.	N.

Línea de Madrid á Sevilla.

ESTACIONES.	MIXTO.	EXPRES.	CORREO.
	M.	T.	T.
Madrid. salida..	7.00	6.20	7.35
Alcázar.. . . . llegada.	12.28	9.50	12.05
Alcázar.. . . . salida..	12.48	10.10	12.36
Sevilla. llegada.	7.15	9.20	2.20
	M.	M.	T.

ESTACIONES.	MIXTO.	EXPRES.	CORREO.
	N.	T.	M.
Sevilla. salida..	9.20	5.25	10.05
Alcázar.. . . . llegada.	3.48	4.47	12.35
Alcázar.. . . . salida..	4.32	5.12	1.30
Madrid.. . . . llegada.	9.35	8.40	6.00
	N.	M.	M.

Línea de Sevilla á Huelva.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.
	T.	M.
Huelva. salida..	3.90	5.15
Sevilla. llegada.	8.54	9.40
Sevilla. salida..	9.20	10.05
Madrid. llegada.	5.35	6.00
		M.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.
	M.	N.
Madrid. salida..	7.00	7.35
Sevilla. llegada.	7.15	2.20
Sevilla. salida..	7.45	2.45
Huelva. llegada.	1.04	7.05
	T.	T.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 5 1/2 por 100 en metálico.

Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al cinco por ciento de interés desde 1.º de Febrero último. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al cinco y medio por ciento en metálico.

Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes :

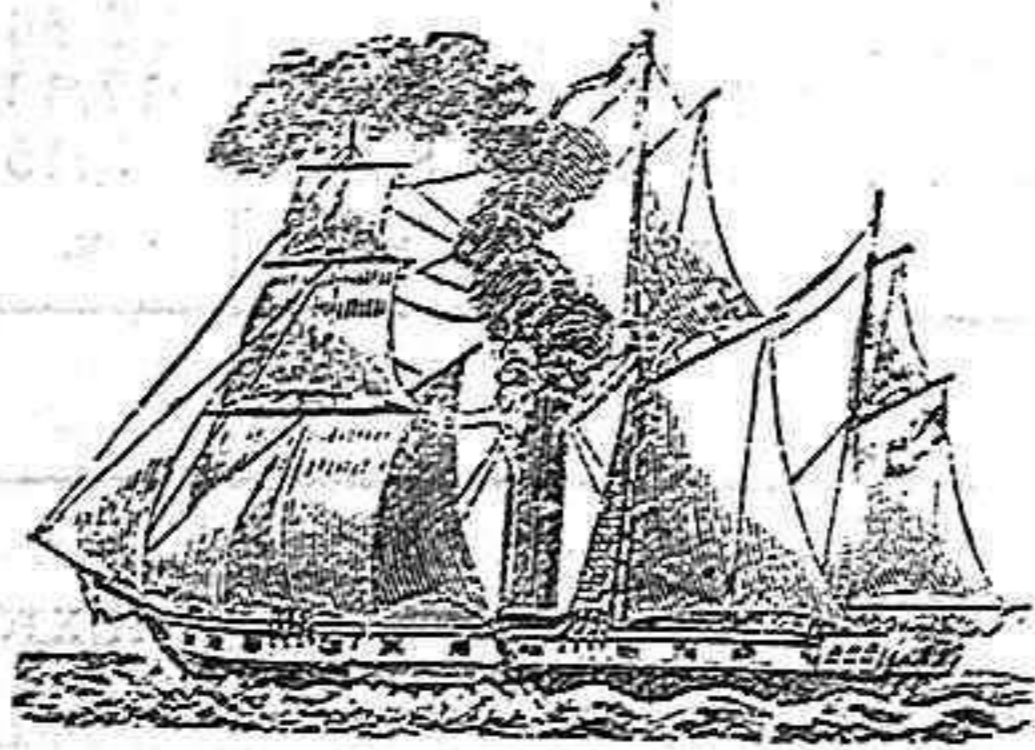
Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el cincuenta por ciento de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades á las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario, sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relación clara aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles. En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su situacion en caso de que fuere necesario.



VAPORES-CORREOS

DEL

MARQUÉS DE CAMPO,

PRIMERA Y ÚNICA LÍNEA REGULAR

DE VAPORES-CORREOS

ENTRE

LIVERPOOL, LA PENÍNSULA Y MANILA,

POR EL

CANAL DE SUEZ.

VIAJES REDONDOS MENSUALES EN DIA FIJO

DESDE EL PUERTO

de Liverpool á los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gáles, Singapore y Manila.

EL VAPOR

MANILA,

saldrá del puerto de Barcelona el 1.º del próximo Mayo, á las cuatro de la tarde, para los de PORT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GÁLES, SINGAPORE y MANILA.

Admite carga y pasajeros para dichos puertos.

Para fletes y demas antecedentes :

EN MADRID : Oficinas del EXCMO. SR. MARQUÉS DE CAMPO, Cid, 7.

EN BARCELONA : SRES. BORRELL Y COMPAÑIA.

GRAN PANORAMA NACIONAL.

(PASEO DE LA CASTELLANA.)

Batalla de Tetuan, por Castellani.

Abierto todos los dias, desde la salida á la puesta del Sol.

ENTRADA : UNA PESETA.



VAPORES-CORREOS

TRASATLÁNTICOS

DE

A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga. Se expenden tambien billetes directos vía Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, JIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros para su mayor comodidad ademas de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y Compañia.— Barcelona, D. Ripoll y Compañia.— Coruña, E. da Guarda.— Valencia, Dart y Compañia.— Málaga, Luis Duarte.— Sevilla, Julian Gomez.— Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

EL FLORAL.

Abono químico especial, de gran eficacia para el cultivo de flores y plantas de recreo, compuesto por Mr. A. Dudoüy, Director propietario de la Agencia general de agricultores de Francia. Vegetacion rápida y lozana, flores numerosas, grandes, de un matiz más vistoso y brillante que en las mejores tierras y mantillos.

CUATRO CLASES.

N.º 1. Para las plantas HERBÁCEAS de pequeñas hojas : claveles, heliotropos, petunias, resedas, verbenas, etc.

N.º 2. Para las plantas HERBÁCEAS de grandes hojas : geranios, cinerarias, begonias, colcus nicaraguas, etc.

N.º 3. Para las plantas LEÑOSAS de pequeñas hojas : azuleas, evonymus, fuchsias, jazmines, granados, etc.

N.º 4. Para las plantas LEÑOSAS, de grandes hojas : dalias, magnolias, palmeras, ficus elastica, palma christi, yucca, etc. y las plantas bulbosas y cebolludas : jacintos, tulipanes, crocus, narcisos, azucenas, gladiolos, anemouas, francesillas, etc.

NOTA. En caso dudoso, se emplean con preferencia los números 2 y 4 respectivamente.

MODO DE EMPLEAR EL ABONO.

EN EL SUELO : seis gramos de los números 1 ó 2, ó 3 gramos de los números 3 ó 4 en una gran regadera de 10 litros de agua, dos ó tres veces por semana y por 10 metros superficiales.

EN TIESTOS : dos gramos por litro de agua de los números 1 ó 2, y un gramo de los números 3 y 4 ; dos ó tres riegos por semana en el verano.

Debe cuidarse que esta solucion no caiga sobre las hojas ; si no es posible evitarlo, se rocía despues toda la planta con agua ordinaria.

En los intervalos se riega, cuando es necesario, con agua ordinaria.

Mediante un arreglo con el fabricante, podemos ceder de hoy en adelante el FLORAL á los mismos precios que se vende en París :

Precios en la Administracion de este periódico.

	Números 1 y 2.	Números 3 y 4.
Caja de 1 kilogramo.	5.75	10 »
Id. 500 gramos.	3 »	5.75
Id. 250 id.	1.75	3 »
Id. 125 id.	1 »	1.75